

La Esfera

21 Octubre 1916

Año III.—Núm. 147

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO DE UN PINTOR. Detalle del cuadro de Fernando Álvarez Sotomayor

DE LA VIDA QUE PASA
LOS RECIOS CARACTERES □ **ROOSEVELT**

AUNQUE NO hubiese llegado á la Presidencia de la República y en ella no hubiera tenido gestos de monarca, como si, hijo ó sobrino del Rey Sol, su mocedad transcurriera en los salones ó jardines de Versalles, este hombre singular hubiera influido como lo ha hecho en la contextura espiritual de su país y en los sucesos del mundo.

La situación geográfica de la Unión yanqui, aislada y separada de todo posible enemigo por la anchura de dos Océanos; su tradición, que convierte en símbolos representativos á Washington, á Franklin y á Lincoln; la embriaguez de trabajo, de producción, de enriquecimiento, que alientan los grandes provechos de sus explotaciones agrícolas é industriales y, acaso, la influencia de la fe ardiente de algunas sectas cristianas hacían de los Estados Unidos una nación totalmente distinta de las naciones europeas. Con más población, con más riqueza, con mayor territorio, con más fáciles orígenes de tributación, con más cultura, con mayor espíritu de inventiva y mayores progresos en la mecánica que todas las grandes potencias europeas, jamás se contó con los Estados Unidos en los cálculos de posibles conflagraciones internacionales ni en la explotación de territorios africanos ó asiáticos. Los Estados Unidos eran la paz, eran el trabajo, eran el espíritu nuevo, eran la encarnación del ideal de un mañana que no llegará... Ni ejército ni marina. Así, sus presupuestos nacionales, sin la carga abrumadora de la construcción de buques, del forjamiento de cañones, del mantenimiento en los sollados y en los cuarteles de una muchedumbre improductiva de jóvenes, se desbordaban sobre los campos, fecundándolos; sobre los puertos, engrandeciéndolos; sobre las industrias, alentándolas, y hacían surgir en las más remotas y despobladas regiones de la Unión, donde todavía los pieles rojas se escondían en los bosques inexplorados y las manadas de bisontes arrasaban las praderas, las escuelas y las bibliotecas, los campos de experimentación y aprendizaje, los laboratorios de química y los talleres de mecánica.

Y he aquí la frase gráfica: «Fué Roosevelt quien pegó el puñetazo sobre la mesa del despacho presidencial de la Casa Blanca.» Fué Roosevelt quien, mucho antes de ser Presidente de la República, comenzó á hablar de la santidad de la guerra, de la necesidad de la guerra, de la precisión de anticiparse al surgimiento de los enemigos y al suceso de la primera humillación, construyendo escuadras, artillando los puertos y las costas, equipando ejércitos. Fué Roosevelt quien encendió en el alma yanqui, sobre todas las ambiciones que ya padecía, la de



Retrato hecho á Mr. Roosevelt durante una de las sesiones del Parlamento yanqui FOT. HUGELMANN

mezclarse en los intereses de otras naciones, la de poseer colonias y ejercer protectorados, la de intervenir en la dirección de los negocios humanos en todo el mundo.

Este hombre había sido templado en una mocedad de trabajos, de luchas, de ejercicios y de estudios conjuntamente. Dijérase que era el fruto previsto por la pedagogía yanqui; cazador y aventurero y labrador y obrero y erudito había aprendido á luchar y á meditar, utilizando así las dos grandes fuerzas que puso lo providencial en todo hombre.

Así construyó como un arquitecto y como un alarife, con sus propias manos su propio carácter.

En el país de los multimillonarios, Roosevelt, que va á gobernar, dice francamente: «No siento admiración—esa admiración cobarde que hace estremecerse á la sociedad de Europa—por los yanquis que han llegado á acumular miles de millones. Muy pocos de ellos tienen derecho á tenerlos: James Hill, por ejemplo, que construyó el ferrocarril transpacífico y creó esta inmensa arteria de la riqueza yanqui con un enorme esfuerzo personal. De los demás que detentan un caudal desproporcionado con el trabajo que les costó acumularlo, un caudal mal adquirido y peor empleado, soy un implacable enemigo. Pero así como hay malos millonarios hay malos pobres, que no valen mucho más que aquellos y que no merecen misericordia porque su pobreza está amasada con envidia y pereza. En un país de intensa producción como los Estados Unidos la pobreza puede ser siempre vencida. No hay para una democracia como la nuestra otros pro-

blemas sociales: millonarios egoístas; pobres torpes y cobardes...»

Así estas ideas sencillas fueron esparciéndose por la Unión y arraigando en el alma yanqui, y su mentalidad fué transformándose. En menos de veinte años, desde que Roosevelt, en alto sobre los estribos de su caballo, como un Quijote en la tierra de todos los supuestos prosaismos, convocó á quienes quisieran seguirle para ir en armas á deshacer el encantamiento, más que el entuerto, en que los españoles teníamos á Cuba, hasta hoy, los Estados Unidos han sufrido la más grande transformación ideológica que la Historia podrá señalar. Sonó la palabra «imperialismo» cuando Roosevelt estuvo en la Presidencia; llegó á parecer posible que, como Napoleón, convirtiera á su nación en una monarquía y se coronara él mismo vestido carnavalescamente con un gran manto de armiño y teniendo en la mano un cetro de oro...; pero si no ocurrió esto, al conjuro de una necesidad yanqui surgió la República de Panamá, y aparecieron en Méjico

las primeras amenazas revolucionarias y sintió Santo Domingo el primer zarpazo de la codicia yanqui.

Hubo en Europa un momento de recelo que desapareció cuando no reelegido Roosevelt se refugió en Uganda á acabar con el tedio y la amargura de su vencimiento, cazando leones, hipopótamos, rinocerontes y serpientes. Los multimillonarios que le vencieran vinieron á Europa y alzaron en La Haya el Palacio de la Paz; pero Roosevelt había conquistado para la guerra el alma americana y hoy los pacifistas y los fanáticos de las sectas que ponen su fe en resucitar un primitivismo cristiano, y los socialistas y los anarquistas y todos los enemigos de la guerra y los tradicionalistas yanquis que aún leen las páginas candorosas de Franklin, acallan sus clamores antibélicos, poseídos por la sugestión de Roosevelt, de la duda de si habrá llegado la hora en que, destrozada y empobrecida Europa, diezmadas sus juventudes, hundidas en el mar sus escuadras, arrasadas sus ciudades, agotado su oro, aparezcan los poderosos Estados Unidos ejerciendo una misión providencial y dirigiendo los destinos del mundo, con su espíritu progresivo, su sentido práctico y su hambre de cultura y de bienestar. Así, Washington sola, con su apacible tranquilidad, será la metrópoli del mundo y el espíritu de los pobladores de la tierra se troquelará por el pensamiento y la voluntad yanquis, hechos á imagen y semejanza del pensamiento y la voluntad de Roosevelt. Y así él se verá más que emperador... un dios...

ESCENAS DE LA GUERRA



CANARA-FIS

Un centinela inglés avisando, por medio de toques de campana, la proximidad de los gases asfixiantes empleados por el enemigo. La campana utilizada para dar la señal de alarma perteneció a una iglesia medioeval, actualmente en ruinas DIBUJO DE DADD

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



EN EL PALCO

Cuadro de H. Anglada Camarasa

MOMENTOS HISTÓRICOS

La mujer de un soldado que está en la guerra

ACABADO el dominio de la Casa de Austria con la muerte del Rey embrujado, que antes que por sus propias y desdichadas lacerías, fuérase deste mundo por el egoísmo y ansia de medro de cuantos le rodeaban, comenzó en España la era de los Borbones.

De la corte banal de Francia llegónos el nuevo monarca, y aunque en principio todo lo procuró para sus paisanos, hasta el punto de que más parecía Madrid ciudad francesa que española, fué luego tomando afecto á la nación que el destino puso bajo su férula y por entero conquistó el amor de ella. Mal resignábase la Casa de Austria á su destierro donde fué señora y dueña durante dos centurias, y así puso, como dicen, toda la carne en el asador para tornar á sentarse en el solio perdido.

Aliado el Emperador de Austria con el monarca lusitano, decidió poner á su hijo D. Carlos en el trono de San Fernando.

Con este fin embarcó el Archiduque en una escuadra inglesa que le condujo al puerto de Lisboa, al frente de un poderoso ejército aliado.

De una y otra parte, de la Casa de Borbón y de la Casa de Austria, publicábanse notas y manifiestos en que pretendía fundamentar cada una sus pretensiones y derechos.

Toda la Europa se conmovió al anuncio de nuevas guerras, como si aún fuesen pocas las que por el entonces había empeñadas, y en toda ella no se oyeron otros nombres que los de Felipe V y Carlos III.

Con notable empeño y ardoroso entusiasmo tomó la causa el monarca legítimo, y bien parecía que á todo riesgo, tanto por propio decoro como por amor á España, quería mantener la corona sobre sus sienes.

¡Quién le viera en el Soto de Luzón, revistando despaciosamente sus tropas, como recreándose en su apostura y haciendo cálculos soñadores sobre su braveza, y entrar luego en la Villa al frente dellas por el Prado, las calles de Alcalá y Mayor, hasta dar en Palacio, donde la Reina esperábale llena de entusiasmo, y, por último, bajar por el Parque y la Puente Segoviana, y aun acompañarles muy buen trecho, hasta dejarles camino de Navalcarnero, á donde pasó á visitarles el siguiente día!

ooo

Por los calores del estío y la crudeza del otoño, que antes parecía invierno, fué menester aplazar la campaña hasta el siguiente año de 1703.

Para tomar parte en ella vino á España y entró en Madrid á mediados de Febrero de 1704, el duque de Berwick, hijo del excluido rey de Inglaterra Jacobo II. Recibióle el monarca hispano con demostraciones y pruebas de mucho afecto, y con toda la magnificencia que á su rango



MARÍA LUISA DE SABOYA

Cuadro de Juan de Miranda, que se conserva en el Museo del Prado

correspondía hospedóse en el palacio de los duques de Alba, que de aquí viene el entroncamiento de tan ilustres casas.

ooo

Llegada que fué la primavera, con las galas que suele, resolvió D. Felipe que fuera comenzada la campaña, y salió para el reino de Extremadura al frente de un ejército de cuarenta mil hombres.

El de Portugal, aun con los auxilios que In-

glaterra y Holanda le prestaran, era muy inferior en número y pésimamente organizado.

Por bastante tiempo fué cada batalla un triunfo para la causa del rey legítimo, que si algunas provincias afiliáronse al bando del intruso, presto salieron del error en que estaban ó algunas, como Játiva, sufrieron con excesivo rigor el castigo de su deslealtad.

ooo

Cada mañana, á tiempo que en Palacio hacíase el relevo de la guardia, dábese un espectáculo de mucho amor y edificación que era estrofa de un bellissimo poema.

Salía la soberana al balcón principal, y luego de que presenciaba la ceremonia de su custodia, hacíase un espacio de silencio. Entonces la gentilísima María Luisa de Saboya desdoblaba un pliego que llevaba en la diestra, y con voz clara, pero conmovida, leía al pueblo.

Era el parte que cada día enviábale de la guerra su D. Felipe.

Con más religiosidad no escuchaba aquella gente sencilla y confiada la palabra del Espíritu Santo los días de guardar.

Luego de que la lectura era finada, un estruendoso ¡viva el Rey!, coreado y respondido con otro no menos entusiasta ¡viva la Reina!, ¡muera el Archiduque!, retirábase el senado bulliciosamente...

Aún parece que, en las cercanías del Buen Retiro, trae á veces la brisa primaveral ecos de aquella voz suave de acento italiano que era una dulce armonía.

Yo imagino que es el final de una carta, que decía:

«...Mandé hoy que se diera justa recompensa á aquel buen labrador de Talavera, que toda su hacienda y toda su gente la puso á mi servicio, á que respondió el hombre: «Nada quiero, pues no es razón que cuando el Rey se muestra tan celoso del bien de sus vasallos, que va á defenderles á tanta costa y descomodidad, yo le lleve dinero por tanto trabajo...» Ve si no es para que un Rey no deje la vida por un pueblo que le da su alma...»

ooo

Y como la Reina compartía muy dignamente con su esposo el amor á España y enorgulleciase de que estuviese dirigiendo por sí mismo

las operaciones, el pueblo echó á volar aquella bellissima letra que tiene más encanto y más espíritu que muchos de los heroicos poemas que han subido á las cumbres de la inmortalidad:

*Yo no soy Reina,
soy mujer de un soldado
que está en la guerra...*

DIEGO SAN JOSE

CALLE ARRIBA

LOS KIOSCOS DE LOS PAPELES



ORдена la Academia Española escribir quioscos; pero mirad ambas palabras y decid sinceramente si el vocablo y lo que representa no pierden atractivo con la nueva pragmática. Es la K una letra sugestionadora y extraña que nos procura la sensación de algo ligero y al par hierático, gracioso y, sin embargo, ritual, que es, á un tiempo, como el quiosco, linterna y pagoda, bazar y templete, camarín y pinacoteca.

Recordad los alfabetos egipcios y fenicios y vendrá á vuestra imaginación la forma de cúpula ó porcelana cóncava. Ella encabeza las denominaciones más típicas del léxico oriental, desde la que sirve para dar nombre á un dios hasta la que expresa en la kábila la vida nómada y errante. Y el quiosco es algo exótico, bizarro, propio del Oriente emblemático, hermano gemelo de los embarcaderos chinoscos y las casas de té, agnado de los improvisados almacenes de baratijas que, en las ferias de Nankin ó de Tokio, ostentan sus campanillas vibrantes y minúsculas y lucen de noche la policromía de sus farolillos de ensueño.

En la magnificencia de los bulevares modernos, cuyos alcázares suntuosos eclipsan el cuento de Aladino, los quioscos procuran al ánimo un contraste maravilloso, con su ligereza, transparencia y luminosidad; son una fina nota de cristal en una gran sinfonía de piedra. Unos rebosan flores, que se desbordan en cascadas de color de los jarros artísticos; otros se nos muestran repletos de deliciosas golosinas ó de licores frescos y estimulantes; algunos almacenan baratijas y objetos brillantes, que son encanto de los pequeñuelos; pero los típicos, los característicos, los que atraen la atención de todos con sus colores llamativos, sus variadas imágenes y sus letreros multiformes, son los quioscos de los papeles.

Ante ellos veréis constantemente parada una multitud heterogénea, en cuyos semblantes podréis discernir los diferentes gustos que imponen la edad, el sexo, la condición social y la idiosincrasia. Una mujer se detendrá seguramente ante los grandes semanarios de modas y fijará sus ávidas miradas en las formas esbeltas, las actitudes un tanto artificiosas y las indumentarias, casi siempre excéntricas, de los figurines. Los niños buscarán preferentemente las imágenes coloradas, las historietas hilaran-

tes, las caricaturas grotescas y los truculentos grabados que representan episodios de cruentas batallas. Luego, hallaréis á los eruditos de aluvión, ensimismados delante de los periódicos extranjeros, que nunca han leído, pero cuyas cabeceras conocen á la primera rápida ojeada. Ellos serán capaces de reproducir con un lápiz sobre el papel, los caracteres monumentales de *Le Journal*, los más robustos y negros de *Le Figaro*, con su cita en caracteres menudos: «*Je m'hate de rire, de peur...*», los redondeados de *Il Secolo* y los enrevesados de la Gaceta de Colonia. Después pasarán su vista distraída sobre las cubiertas de los folletos de aventuras y de chascarros y un gesto de desdén y un severo ademán despectivo os avisarán que el espectador culto reserva su amor á la lectura para más difíciles y altas empresas.

Finalmente, hallaréis, contemplando los retratos que ornan las portadas de las colecciones populares de novelas y cuentos á los amigos ignorados de todos los grandes literatos. Ellos los conocen á todos y aun saben de ellos sabrosas y picantes anécdotas. Aquel de la cabeza rapada, negra barba de cenobita, mirada aguileña y gesto desdeñoso, es nada menos que D. Ramón del Valle Inclán; esotro afeitado, de cara reverenda y mirar pícaro á través del monóculo, es Hoyos y Vinent; el de más allá, Artagnan de cabello cepillado, es el gran Manuel Bueno; el del rostro afilado y cabello profuso es Noel; ese de la cabeza tallada en piedra como para decorar algún friso y que cubre sus pupilas con gafas, es el profesor Unamuno, el eterno paralogista. Nadie titubeará al ver las facciones gruesas y el olímpico gesto de doña Emilia Pardo Bazán ó el perfil florentino de *Colombine*, ni confundirá las rasuradas mejillas de Répide con las de Cristóbal de Castro. Los conocen á todos: á Zamacois, á Dicenta, á Linares Rivas, á Pérez Zúñiga, á García Sanchíz, á Baroja, á Picón, á Azorín y á Palacio Valdés. Nada digamos de los Quintero, de Galdós y de Benavente; son los amigos de todos los días. Y la aspiración más alta de los escritores es ver expuesta su imagen en las vitrinas de los quioscos y que un golfillo diga, al verle, á el amigo que le acompaña: «—Chico: mira bien; ese es Perengano. ¡Vaya un *gachó!*»

La ganancia más saneada de los dueños de quioscos está en la venta de las grandes revis-

tas. *LA ESFERA*, *Nuevo Mundo*, *Blanco y Negro*, *La Guerra*, *Mundo Gráfico*, son blanco constante de las codiciosas miradas de los transeuntes. Si se les preguntara qué harían siendo millonarios, de cada cien, noventa por lo menos, contestarían: —Tendría un magnífico automóvil y compraría todas las revistas. He aquí la más completa satisfacción que puede procurarse á un visitador inveterado de quioscos. Fijaos en la actitud de los compradores. Los periódicos diarios se compran con perfecta tranquilidad; á veces con la indiferencia con que se adquiere una caja de fósforos ó una piedra para el encendedor. Pero la Revista se busca con ansia y, una vez adquirida, se lleva abierta por la calle, para ver inmediatamente las ilustraciones, aun á riesgo de caer en un foso de las obras de saneamiento del subsuelo ó de tropezar con un acreedor.

Quedan en los quioscos otros atractivos: son los folletos y los impresos pornográficos; pero estos yacen ya en plena decadencia; han asqueado con su procacidad y aburrido con su monotonía. A sus editores, autores y propagandistas habría que entregarles un documento concebido en estas ó parecidas frases: «—He recibido la noticia de que los hombres y las mujeres son de distinto sexo y se unen para procrear. Y para que conste y no se me moleste más con tan soporífera cantata, lo expido en tal parte á tantos de tantos del año corriente.» Y luego la firma.

Los quioscos de papeles cuentan con otros atractivos más dignos y gustosos: tales son las postales, con vistas de monumentos, deleite de los coleccionistas; los sellos usados de comunicaciones, embeleso de los filatélicos; las fotografías de cupletistas y, á veces, los libros de vulgarización. Son un medio de propaganda educadora y sus poseedores pudieran considerarse por completo dichosos, si no fuera por su perpetuo encierro que les condena á las agujetas y al reuma, dolencias bien prosaicas para ser fermentadas en el seno de esos templetos maravillosos, llenos de luz y de poesía, que recuerdan las narraciones orientales de Pierre Loti y las nocturnas excursiones de Haroum Al Raschid.

ANTONIO ZOZAYA

FOT. SALAZAR

LA ÉSFERA
BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS



CARMEN ICAZA Y DE LEÓN

La lindísima señorita cuyo retrato embellece hoy esta página de LA ESPERA, es uno de los más gentiles adornos con que cuenta desde hace poco tiempo la sociedad aristocrática. Hija del ilustre poeta y diplomático D. Francisco A. de Icaza, ministro que ha sido de Méjico en España, y de doña Beatriz de León, sobrina de la inolvidable marquesa de Squilache, Carmencita brilla con luz propia—la de sus encantos juveniles—en los salones del gran mundo. En un baile «blanco», en los comienzos del verano, surgió la figurita encantadora de Carmencita Icaza aureolada por los destellos de su belleza.

REVISIONISMO LITERARIO

LARRA Y LA ESFINGE



MARIANO JOSÉ DE LARRA

UN nuevo libro de «Azorín» refresca los laureles del inmortal «Fígaro». «Azorín», en su agudo y elegante estudio *Larra y el duque de Rivas*, insinúa el antagonismo entre el espíritu frío y hondo y el espíritu llameante y épico, acotando, con sutilezas doctas, las dos zonas de España en el pasado siglo: la de *Don Alvaro* y la de *El pobrecito hablador*.

¿Fueron, realmente, hombres representativos los dos famosos escritores? ¿Dejaron, al morir, una escuela bien definida ó una generación bastante fervorosa? El sentido revisionista de «Azorín», que tiene su abolengo noble en Gracián y en el P. Feijóo, y que nuestra actual anarquía literaria pretende zaherir con improvisaciones fan indocumentadas como pedantescas, es algo respetable por su preparación, por su estructura y por su método, cualidades que rara vez asoman en lo que, por llamarlo de algún modo, se llama entre nosotros «crítica literaria».

Pues el sentido revisionista de «Azorín» parece deleitarse en aventar las frías cenizas de *Don Alvaro* y en reanimar las ascuas vivas de «Fígaro». Cuanto al duque de Rivas, suponemos que seguirá soberbiamente indiferente sobre el eterno pedestal de sus *Romances*, los cuales, con la *Leyenda de Cid*, de Zorrilla, entroncan dignamente con Góngora y el Romancero. Tocante á Larra, suscribimos emocionadamente las fervidas admiraciones de «Azorín», tanto más cuanto que ciertos «jóvenes iconoclastas», creyendo ingenuamente lo del *audaces fortuna juvat*, la toman, llamativamente, contra «Fígaro», con una intrepidez delirante.

El paradojista de *El hombre-globo*, está hoy en plena paradoja. Hace noventa años fué el escritor más popular; hoy es considerado como exquisito. Hace noventa años, *El día de Difuntos* corría por España de boca en boca; hoy, una evocación de *Las circunstancias* es riesgo de pedantería. ¿Cabe paradoja mayor?

Cuanto rodea á Larra es paradoja. Desde que á su regreso de París, teniendo ocho años, se encuentra, siendo madrileño, con que no sabe una palabra de español, hasta aquél día histórico en que el hombre frío arde en amor y se suicida, «Fígaro» fué como Renan, «un romántico impenitente, que se pasó la vida renegando del romanticismo».

Y, aun después de la muerte, la madre Ironía cuida amorosamente su memoria. «Fígaro» fué sentimental, y pasa por misántropo. Fué corazón, y pasa por cerebro. Fué ascua viva de amor, y pasa por indiferente.

El escrupuloso estudio de Ixart—tan moderado y tan sereno que, sin él, la personalidad literaria de «Fígaro» aún sería una nebulosa—habla al cerebro, mas no sacude el corazón. Los libros, eruditamente amenos, del Sr. Chaves y del Sr. Nombela, nos enseñan el frac de Larra y los recibos que cobró en *El Mundo*. Los mismos textos del bachiller Juan Pérez de Munguía—artículos, novelas y obras dramáticas—, esconden, bajo la careta irónica, el corazón del

hombre aquél, donde mordieron, como en el de Filoctetes, todos los dientes de las Furias.

La Esfinge, ¿cómo era? ¿Cómo fué la mujer por quien Larra, famoso, en plena juventud, se pegó un tiro? Qué clase de soberanía ejerció en él? ¿La del espíritu? ¿La del cuerpo?

«Fígaro» casó joven y modestamente. Su boda apenas dió otro ruido que el de los cuchicheos de sacristía y el trotar fatigoso de un coche de alquiler. Su casa oyó el regaño insolente de los acreedores, y él mismo, puesto ya de frac, esperó muchas veces á que su criado volviese con el dinero de un artículo. Como su padre Beaumarchais, como su hermano Heine, Larra puso en su hogar las pocas flores que quedaban en el jardín de su corazón. El tiempo las segó, como las de Heine y como las de Beaumarchais.—¡El Tiempo y la Naturaleza, esos dos inconscientes poderosos!—dice Luciano.

«Fígaro» halló un día á la Esfinge. ¿En la calle? ¿En una tertulia? ¿En un teatro? Y la Esfinge, llevando el «ananké» en los ojos, guardó cinco años el fatal secreto. Por espacio de cinco años, «Fígaro», casado y con hijos, adoró á una mujer casada. El misterio de aquél amor está por desflorar aún. Y ese misterio atrae como la piedra imán.

¿Fué rubia? ¿Fué morena? Una aureola de romanticismo y de pasión ilumina el idilio que acabó tan sangrientamente. Entre aquél esplendor de llamas, como en un incendio fantástico, vislumbramos un perfil hierático de Esfinge y una sombría silueta, llevándose á la sien una pistola...

¿Por qué fué? ¿Cómo fué? ¿Qué prestigio, qué oculta magia tuvo aquella mujer para domar aquél león? Sabemos bien que Onfalia domó á Hércules; pero Hércules es símbolo corporal, no símbolo espiritual. Y la sutil mirada de «Fígaro» veía la belleza corporal con el estoicismo de un microscopio.

Ya que aquél corazón donde mordieron todas las Furias, sangró su última gota por el amor de una mujer, sois vosotras, mujeres, las llamadas á honrarle perdurablemente.

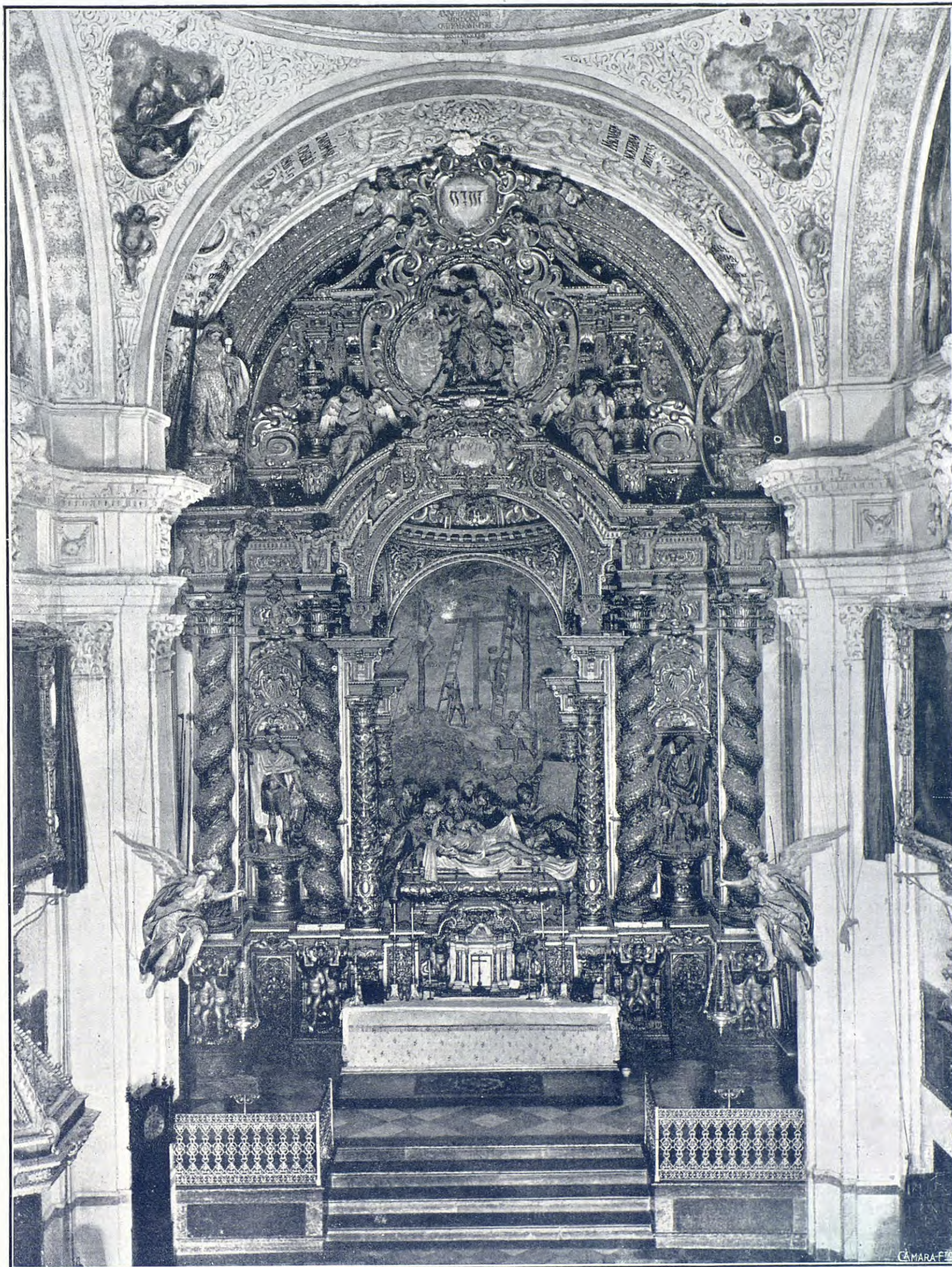
El os amó á todas en una, cuyo perfil hierático de Esfinge se alza, invisible y tutelar, sobre la tumba y sobre la memoria del maestro...



EL DUQUE DE RIVAS

CRISTÓBAL DE CASTRO

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



VALIOSO RETABLO TALLADO POR B. SIMÓN DE PINEDA Y CUYAS HERMOSAS ESCULTURAS SE DEBEN A PEDRO ROLDÁN, EXISTENTE EN LA IGLESIA DE LA CARIDAD, DE SEVILLA

Cuentos Españoles



IDILIO NÁUTICO

El noviazgo de Carmela Aizpuru había sido bien sonado y famoso en los anales de la pequeña ciudad vasca donde residía. Todas las muchachas de Arizmendi tenían puestos los ojos en la más intrépida de sus compañeras, que, desafiando la oposición paterna, hartamente fundada, procuraba buscar todos los medios lícitos para burlar la vigilancia y hablar á solas con su novio, desde la ventana que da al jardín, en aquella frondosa y verdeada *Villa Carmela*, desde donde por las tardes se veían pasar los tranvías que iban hacia la ciudad y los automóviles que cruzan fulgurantes en carrera de excursión por la provincia...

El novio era Ramonchu Iburgüengoitia, un rapaz alto, esbelto, membrudo, dado á los deportes todos, á la natación, al balandreo, á la esgrima y al *foot-ball*. Iburgüengoitia era el segundo de una arruinada familia que antaño tuvo puestos á rentar muy buenos miles de duros casi todos los predios rústicos de la provincia y que hoy se ufana solamente de un caserón solariego con nobiliario escudo y pomarada opulenta en la villa señorial de Mendi-Guechu.

Las dilapidación de la familia en sus épocas de esplendor y las pérdidas del padre de Ramonchu al juego, á más de empresas fabulosas y arriesgadas en que se había inmiscuido, habían mermado considerablemente el patrimonio de los Iburgüengoitia, á quienes hoy las muchachas solteras de Arizmendi reputaban como «mala proporción». El padre de Carmela, hombre práctico y positivo, curtido en la dura lucha del comercio en la remota Guatemala, donde había acumulado heroicamente una fortuna considerable que había de pasar íntegra á su única hija, consideraba como pretendiente poco grato á Ramonchu, á quien designaba con el nombre de señorito vago y de azotacalles.

Pero el cuco de Iburgüengoitia, que sabía donde había puesto la mira, no abandonaba las posiciones conquistadas y obstinábase en asegurar su porvenir uniéndose á Carmela en indisoluble vínculo.

El padre agotó todos los extremos de amonestación, súplica y queja; pero la hija no se dejaba convencer fácilmente y llevaba ya dos años de relaciones con Ramonchu, de quien se había enamorado ciegamente, buscando entrevistas clandestinas en el jardín y ocasiones de hablarle en las jiras que durante el verano solían hacer las muchachas de Arizmendi á los pueblecillos próximos.

Sus amigas, aunque á todas les pareciese Ramonchu un pretendiente indeseable para ellas, elogiaban el gesto gallardo y la actitud resuelta de Carmela y servíanle de complacientes auxiliares cuando quería hablar con él en el Paseo de la Coronación ó por las carreteras en tardes de domingo... Las relaciones proseguían así con la deliciosa tortura de todos los amores prohibidos, que encuentran complicidad en las personas sentimentales...

Habían transcurrido ya tres años en esta inquietud clandestinidad—Carmela negando al padre que tuviese relaciones con Ramonchu, el padre acechando todas las ocasiones de sorprender á los novios para llevar á la hija á un convento donde se había educado, Ramonchu sin abandonar «su puesto de cazador al aguardo» y la familia de Ramonchu alentándole en la prosecución de la cacería que había de darle tanto lustre y esplendor metálico á todo el linaje y apuntalar la casa que se desbarataba—cuando un verano se organizaron unas regatas de balandros tripulados por señoritas de Arizmendi.

Carmela, que era una gran remadora, fué elegida para timonear uno de los balandros, *Suspiro*,

que había de optar al premio. La tarde de la fiesta, Carmela había tenido una fuerte discusión con su padre á causa de una cartita amorosa de Ramonchu que le habían sorprendido encima de la mesa de noche de su alcobita de virgen.

—Te digo que no seguirás con ese paseante en Cortes ó dejaré de ser quien soy—gritaba el padre enfurecido—. No estuve yo matándome á trabajar como un negro para que un *manguán* venga á disfrutar de lo que á mí me costó tanto trabajo ganar...

—Pero, papá—gemía Carmela—, que el pobre chico está enamorado de tu hijucha y quiere casarse conmigo aunque me desheredes...

—¡Desheredar! Voy á desheredar yo á mi nenuca querida... Lo que él quiere es agarrarte bien agarrada y luego, cuando te tenga entre sus garras, ya sabe él que yo no te voy á dejar en la calle...

—Papá, no seas tan intransigente... Mira que el muchacho me quiere, que ahora se va á hacer en un año ingeniero industrial y que quiere trabajar mucho para ofrecerme un buen porvenir y merecerme...

—Estás trastornada, hija, estás trastornada... Ese bribón te ha sugestionado...

Carmela salió de su casa con una mala impresión, desorientada, triste, sin saber qué rumbo tomar. Acompañábala una amiga que viniera á buscarla, Marichu Raminde. Esta le recordó que era la hora de las regatas y que había que ir á vestirse de balandrista en el balneario, donde se celebraría la fiesta. Llegó al balneario cuando ya lo ocupaba una multitud jadeante y sudorosa, vestida de claro, que en la galería esperaba el comienzo de la fiesta, saturándose de la salitrosa brisa del mar.

Carmela entró en el camarote que la habían destinado y vistió su jersey azul y su pamea blanca,

que le daban un aire de marinerita intrépida. Ya en los balandros, finos y blancos, aguardaban los dos bandos de muchachas, las unas con jersey verde, las otras con jersey azul, como Carmela y Marichu, que iba de remadora en el balandro al cual la bella Carmela servía de timonel. El Jurado, del cual formaba parte Ramonchu, agitó un pañuelo blanco.

Comenzaron á regatear las muchachas. Los balandros, curvos, afilados y esbeltos, cortaban el

dose al agua y nadando en dirección al balandro, que se mantenía inmóvil, á punto de zozobrar. Ramonchu, nadador de más aguante que todos ellos, dirigióse hacia el balandro, ganando en cuatro brazadas la distancia. Sobre las olas braceaba la forma blanca de Carmela, la adorada. Sonaban gritos de espanto, de angustia y de incertidumbre. Las balandristas habían suspendido la regata y con los remos en alto alentaban á los intrépidos nadadores...

ban, y los caballeros aplaudían. Ramonchu, con el pelo mojado, chorreando la blanca camisa de batista, depositó el cuerpo adorado ante el padre de Carmela, que había ido á presenciar las regatas...

—Ahí tiene á su hija, á quien he salvado y á quien usted creyó que yo quería perder...

Las frases fueron duras, cortantes, pronunciadas con emoción. El padre murmuró con voz balbuciente:



agua, salpicando de vez en vez á las balandristas la espuma agitada por los remos. Todas remaban incansables á rítmico compás, mereciendo aplausos y vítores que estallaban en la galería del balneario.

De súbito el balandro que timoneaba Carmela hizo un viraje brusco, rompióse el ritmo de la estela que marcaba, el timón se desenclavó y la arrogante piloteadora cayó al agua entre un alarido de susto de sus compañeras, que agitaban las pamelas blancas pidiendo auxilio.

De la galería del balneario brotó un grito de horror unánime, y diez, quince, veinte mozos decididos se despojaron de las americanas arroján-

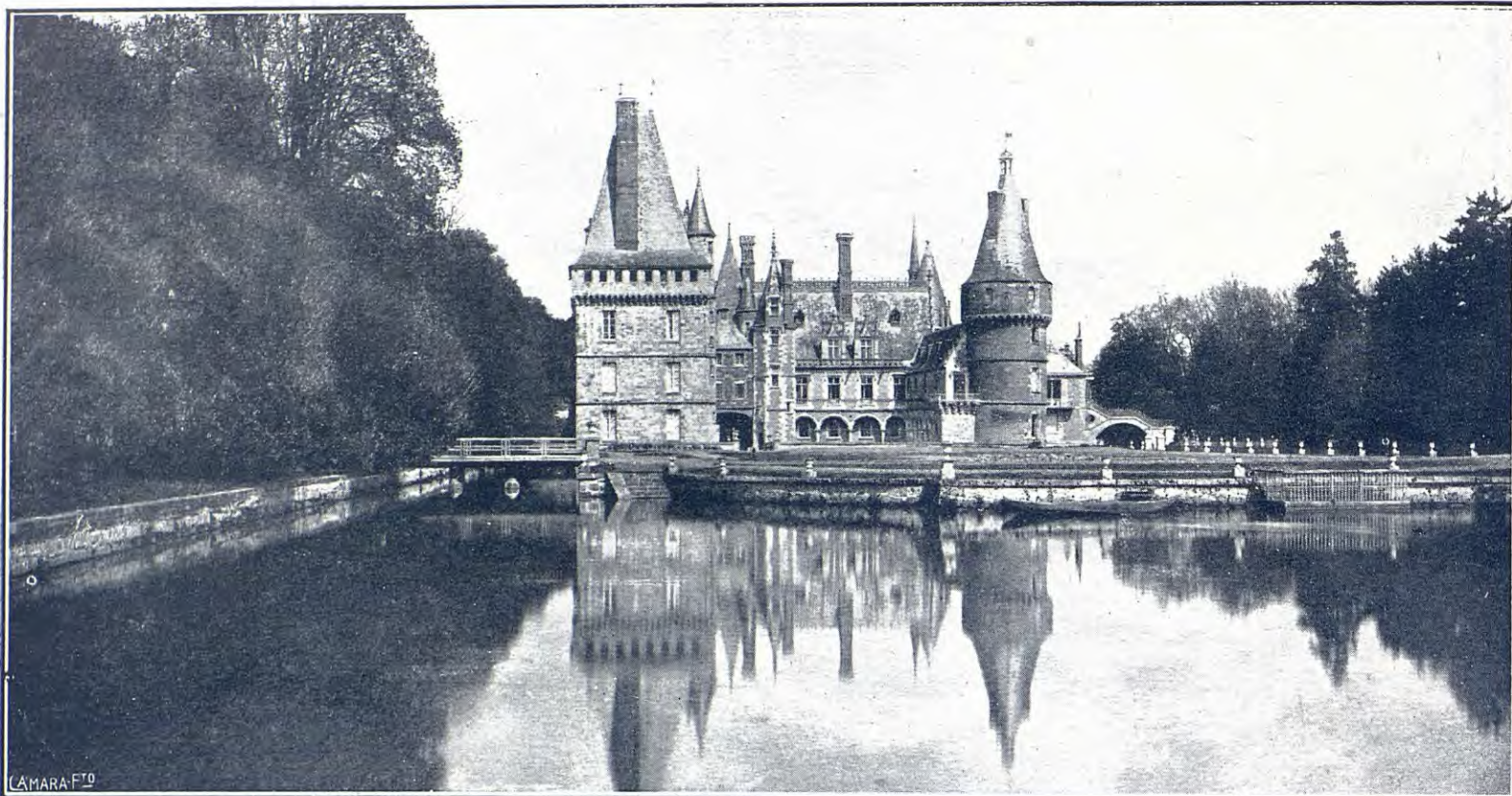
Ya en el punto blanco y azul que la pamelita blanca y el jersey de Carmela formaban sobre la verde superficie de las olas veíase sólo un brazo en alto que parecía maldecir... y esperar. Y cuando Ramonchu llegó, ya la cabecita rubia se hundía bajo las aguas después de los tres desesperados bruceos que son característicos de los naufragos. Ramonchu se echó á los brazos la preciosa carga, y nadando ahora con dificultades, con fatiga, avanzaba lentamente hacia la galería que bajaba al mar... Subió con la rica carga de la mujer amada, desmelenado el pelo rubio, cerrados los verdes ojos de sirena, inerte el cuerpo arrogante... En la galería, las señoras, emocionadas, llora-

—Gracias, gracias, Ramonchu; yo te perdono, y si se salva, bien has ganado su cariño...

—Ahora, ahora, cuando ya no tiene remedio... Un médico puso su mano sobre el seno virginal donde el corazón, el suave corazón amoroso, ya no latía... Una sonrisa se crispaba en su boca, una sonrisa inefable de resignación, y los cabellos rubios se alborotaban sobre la frente de la pobre niña... Ramonchu, tan hombre, gemía como un chiquillo, entrecortadamente...

ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO

DIBUJOS DE VARELA DE SEJAS



Castillo de Maintenon.—Fachada meridional, vista desde el lago

DESDE PARÍS

CASTILLOS EN FRANCIA

PARA decir vana ilusión, quimera irrealizable, sueño de enfermo, decíase por acá:—*Châteaux en Espagne!*... ¡Castillos en España!...

Un castillo en España era, pues, un bien ilusorio; y de palacios y castillos alzados allende el Pirineo se componía la fortuna de los que, á guisa de tal, sólo poseían una imaginación fecunda y optimista en exceso.

Por lo contrario, el señorío de un castillo, en Francia, era para los verdaderos próceres testimonio del abolengo familiar y asiento de la representación social. Y para los advenedizos, el tradicional *château* era símbolo de la definitiva victoria: una especie de consagración y una garantía de que, andando los años y prodigando el dinero en obsequio del «gran mundo», este auténtico gran mundo consentiría en recibir en su seno al *arriviste* y en olvidar el origen y la inverosímil rapidez de su fortuna.

Mas vinieron la guerra y la invasión. Con ellas, al trocarse la suerte de los hombres tanto como la de las cosas, pasaron los castillos de Francia á ser, en su mayoría, montones de escombros, ó lo que es peor, cuarteles de la soldadesca enemiga.

Entonces, los castellanos diéronse á pensar que las más sólidas torres, las que resistieron al empuje de los siglos y al de las catapultas, viéñense ahora al suelo como castillos de naipes, bajo el titánico soplo de los «315» ó de los «420».

Asolados y desolados, los viejos castillos de Francia que ultrajados por la invasión queden aún en pie, en el mañana libertador, ¿qué han de ser, sino grandes cadáveres y lamentables recuerdos? Vanidad de vanidades, ya que, al cabo, los únicos bienes perdurables del mundo son los que existen fuera de él, en esa región inaccesible y quimérica, en la que nosotros, españoles pobres y visionarios, edificamos nuestros áureos castillos, al adormecer é ilustrar nuestra miseria con el sueño de un ensueño.

□□□

Y ved cómo en este dolor de los dolores, en esta ruina de los hidalgos solares, cúmplese, al

fin, la inexorable ley del Tali6n, y los feudos que por el hierro se elevaron y enriquecieron, son derruidos y devastados por el hierro.

En efecto, cuando un señor del siglo XV se hacía esta grata reflexión:—«¡A Dios gracias, tengo un buen castillo!», ponía el recuerdo en los torreones y en las defensas de su nido de águila, y á seguido sostenía consigo el siguiente y pintoresco diálogo:

«—Mi fortaleza—pensaba—es inexpugnable. Tengo víveres y armamentos en provisión sobrada,

y mis hombres de armas son numerosos y aguerridos. En consecuencia—deducía—, puedo despojar á los trajinantes que crucen por mis tierras, y puedo también, á mi antojo, poner á saco las villas y las aldeas en las tierras de mis vecinos... Menos de un bledo me importan las amenazas de éstos, y soy lo bastante fuerte para que no me alcance la justicia que administra nuestro muy amado señor, el Rey...»

Escuchad el relato de lo que fueron algunas de aquellas lejanas y señoriles existencias:

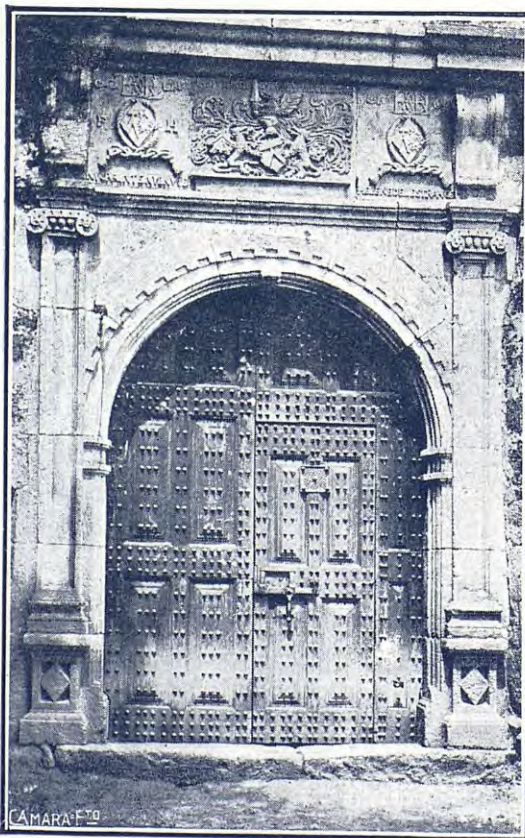
Tronco de la familia de Montmorency—ilustre si la hubo—fué un bellaco que por nombre llevó el de Buchard, y por mote el de «Barbudo»... Buchard el Barbudo hizo construir un torre6n en la isla de Saint-Denis, y desde tal reducto emprendió constantes excursiones de rapiña y bandidaje por las inmediaciones.

Cuando el botín no era suficiente, y el castellano se encontraba en necesidad, ni corto ni perezoso entraba á saco en la Abadía próxima, cuyas arcas y cuyo tesoro guardaban siempre riquezas sobradas para satisfacer al agobio del momento...

En fuerza de repetirse, tales desmanes motivaron las quejas y las lamentaciones del abad de Saint-Denis, y éstas llegaron á oídos del Rey, quien para librar á la Abadía de tan molesto vecino, hizo arrasar el castillo de Buchard el Barbudo, concediendo al castellano previa venia para edificar otra fortaleza en Montmorency.

No se distinguió menos por su actividad y por su celo en el ejercicio del robo á mano armada el señor de Montlhery. A más de bandolero acreditado, este castellano era hombre de guerra harto temible para que el monarca pensara someterle por fuerza. Tratando de pactar, el Rey casó á su hijo bastardo con la hija legítima del turbulento vasallo, en la esperanza de que el favor de tales bodas indujera en enmienda al de Montlhery. Pero esta enmienda no llegó jamás, y en cambio el propio hijo del monarca dió en tomar gusto á las correrías de su suegro y en aventajarle en audacia y en desaprensión.

Caso por opuesto no menos significativo, fué el del caballero Guy de la Roche Guyon, cuya



Puerta del castillo de la Roche-Lambert

lamentable historia nos refiere el abate Suger, en sus crónicas del tiempo...

Guy de la Roche Guyon, aunque hijo y nieto de ilustres bandidos, era hombre inclinado por naturaleza hacia la honradez y hacia el bien. Rompió con la tradición familiar, y puso empeño en vivir conforme á los mandamientos de Dios y á los dictados de la conciencia. El hecho era insólito, y juzgándolo así, un cuñado del caballero en cuestión, llamado Guillermo, se encargó de demostrar al señor de la Roche Guyon la incompatibilidad que existía entre sus principios y las costumbres de la época.

En efecto, secundado por varios amigos, el mal pariente del buen caballero se apostó una mañana tras de la capilla del castillo, y en el momento en que Guy de la Roche Guyon, acompañado por su mujer y por sus hijos, acudía al pequeño templo para oír la misa, Guillermo y sus secuaces se arrojaron sobre los indefensos castellanos, les dieron muerte, así como á sus hijos, y entrando luego en el castillo por sorpresa, se apoderaron de él y degollaron á todos sus habitantes.

Los hombres capaces de tales hechos no habían de ser amos muy benévolos para sus propios vasallos. De tal suerte, cada uno de estos señores de horca y cuchillo dictó un código especial de servidumbre para el régimen de sus dominios. Hay en semejantes códigos rasgos de tiranía y de barbarie sin igual. Hay también originalidades muy curiosas, como eran las obligaciones á que habían de someterse quienes solicitaban la hospitalidad de los castillos. Transcrito literalmente, en relación con la calidad y la profesión del viajero, estas obligaciones eran las siguientes:

«—Un peregrino ha de cantar su romance al son de una tonada nueva, y ha de dormir sobre un haz de paja.»

«—Los furgoneros, los abastecedores y las

«—Los escuderos que conduzcan bestias pagarán un sueldo por cada herradura.»

«—Un pescador ha de ofrecer aquel pescado que más agrade al castellano.»

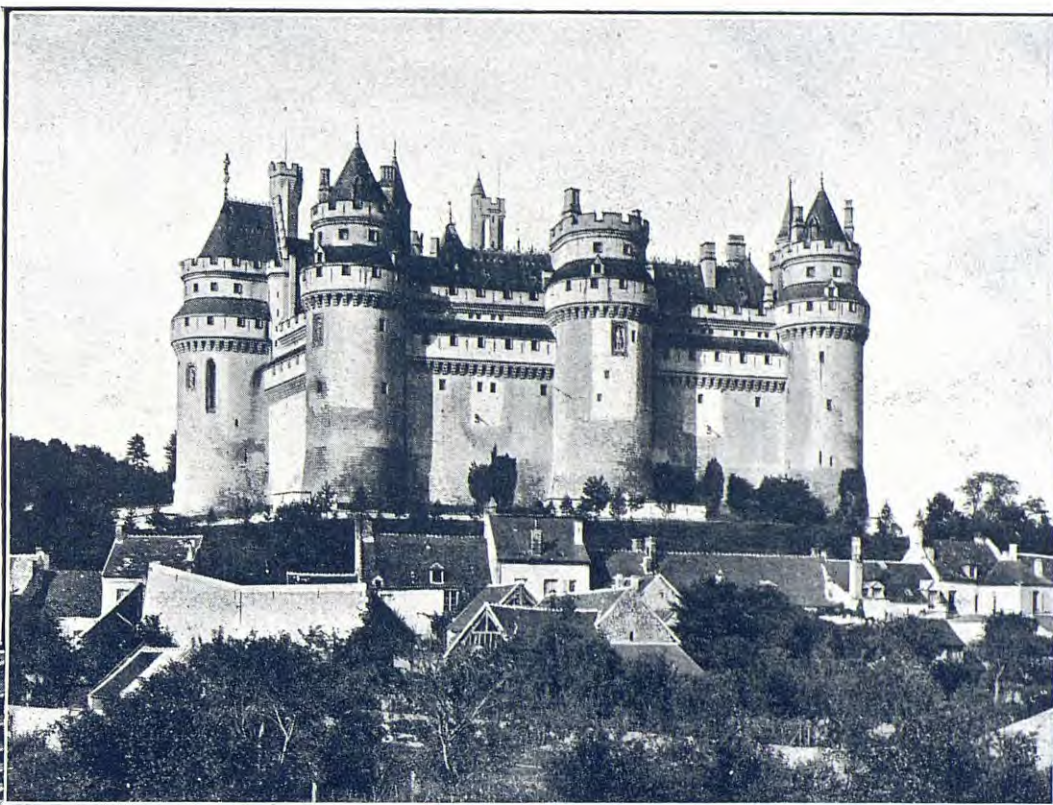
«—Una moza del partido ha de quedar á la disposición del paje que cuida de los lebreles.»

«—Un bohemio que vaya de feria en feria ha de hacer bailar al oso y al mono, al son del pandero.»

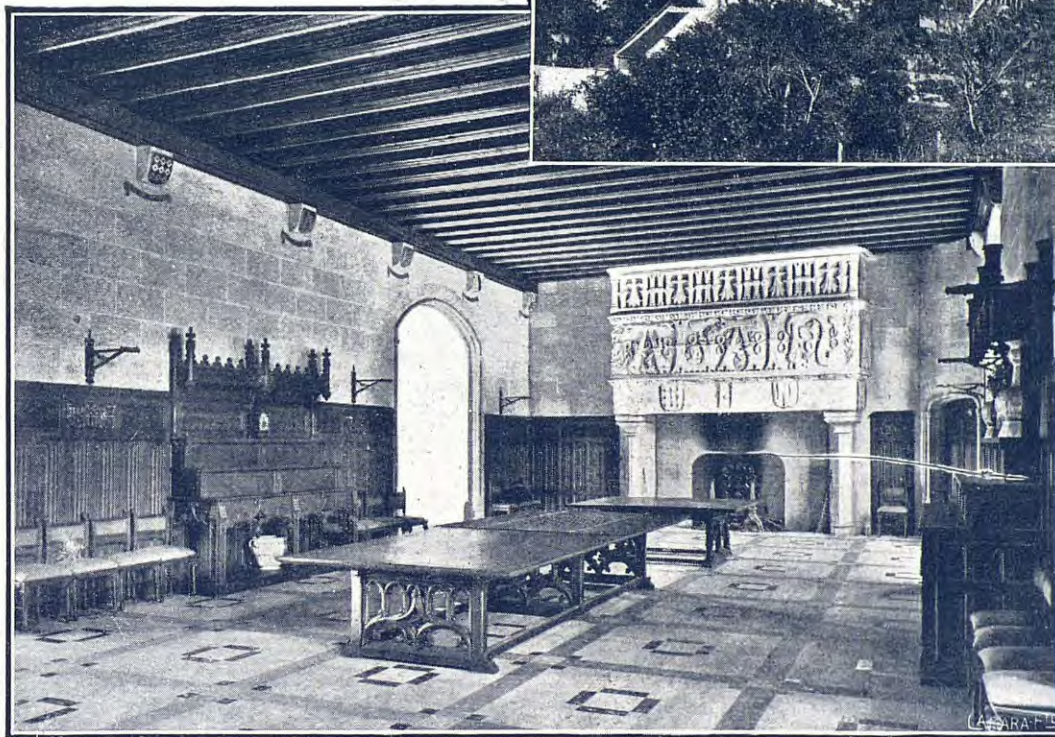
Al correr del tiempo, los magnates juzgaron inconveniente su intervención personal en los robos, los asaltos y los saqueos que hubieron de constituir el pasatiempo favorito de sus padres y abuelos. Más prudentes, los nuevos castellanos

to de guerra, en suma, comenzó á ser inútil y á parecer incómodo. Transformáronse los reductos en palacios, y se engalanaron con las muestras y con el gusto de suntuosidad que los Cruzados trajeron de Oriente. Pero si bien enriquecidas y habilitadas interiormente para más blando vivir, las moradas señoriales conservaron el hosco aspecto de su origen, por considerase esta traza como ejecutoria de nobleza, y por honrarse los nietos con símbolos que, en verdad, no eran sino testimonio de la indignidad de sus abuelos.

«Castillos» se habían llamado las guaridas de los nobles bandoleros; «castillos» siguieron llamándose los palacios de sus descendientes, los



Castillo de Pierrefonds



Comedor del castillo de Josselin

gentes que acarrear víveres, habrán de entregar un ave ó una res, aderezadas, para regalo del señor, y otras, sin aderezar, para provisión de la guardia del puente.»

«—Un peatón, calzado ó descalzo, aventurero ó mendigo, quedará libre de todo tributo siempre que para diversión de los castellanos salte cuatro veces y dé otras tantas volteretas.»

«—Un moro ha de echar al aire su turbante, y ha de pagar cinco sueldos al cruzar el portón del castillo.»

«—Un judío ha de colocarse las calzas sobre la cabeza, y de buen ó de mal grado, ha de recitar un «padre nuestro» en el dialecto del país.»

«—Un hombre de á caballo ha de hacer guardia media noche para servicio del señor.»

encargaron de tan bajos menesteres á sus soldados, y sin riesgo ni molestia disfrutaron de los productos de tales violencias, sin por otro lado denigrarse hasta el extremo de cometerlas. Así, si al cabo llegaban las quejas de los ofendidos hasta el Rey, y éste proponíase hacer justicia, con ahorcar á los truhanes que tan bien supieran obedecer, cargándoles en cuenta las propias y las ajenas culpas, quedaban el Rey satisfecho, la justicia cumplida, el agraviado con su agravio y el magnate libre de acusaciones y de cargos de conciencia.

Con esto, la habilidad vino á desempeñar el oficio que antes correspondió á la fuerza. Los muros de los castillos, sus almenas y sus troneras, sus fosos y sus puentes levadizos: todo el apar-

nobles cortesanos, y si la diamantina energía de Richelieu trituro el último vestigio del poderío feudal, fueron, en cambio, las cortes de Luis XIV y de Luis XV cátedras de duplicidad y de astucia que brindaron á los humillados magnates tales armas, por incruentas no menos temibles que las espadas.

El rebelde castellano del feudalismo hizo su mala voluntad por ley de fuerza. El sumiso castellano del absolutismo hizo también su mala voluntad, mas fué por ley de intriga. Las murallas del «castillo» ahogaron, en tiempos del primero, los lamentos de los vasallos atormentados; y esas mismas murallas encubrieron, en tiempos del segundo, las vergüenzas con las cuales se ganaban públicos honores mediante privadas deshonras.

Hoy, la guerra y la invasión trocaron la suerte de los hombres y la de las cosas, y mientras que la vieja nobleza francesa lucha confundida con la heroica plebe, digna sucesora de la de Valmy; mientras que un duque de Rohan sabe morir, mezclando su sangre con la de un Juan Francés cualquiera, sobre la tierra maternal, los viejos, los altivos castillos de la tradición se hunden, y también mezclan sus ruinas con los escombros de las cabañas humildes aferradas á sus pies...

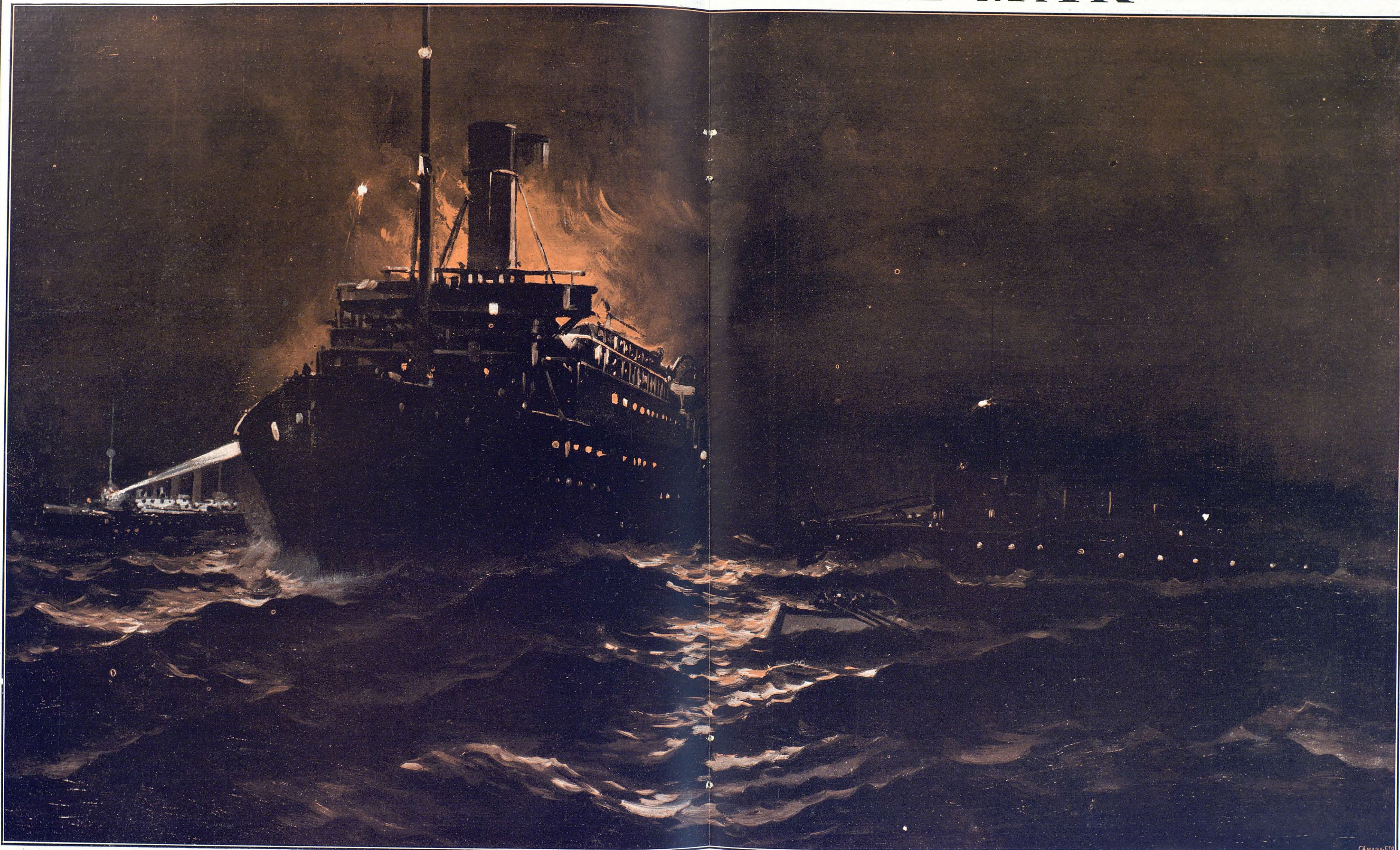
Castillos en España y castillos en Francia son á estas fechas valores equivalentes. Los unos se alzan en el país de la ilusión. Los otros no existen ya, si no es en el espejismo del recuerdo.

Y como dice Mauricio Barrés, la *Historia comienza ahora*. Todos los añejos prestigios se disipan con el humo de la batalla, y en adelante sólo cuentan los blasones labrados sobre este barroqueño y gigantesco sillar de la Gran Epopeya...

ANTONIO G. DE LINARES

París, 1916.

LA GUERRA EN EL MAR



TRASATLÁNTICO INGLÉS INCENDIADO POR LOS BARCOS DE LA ESCUADRA ALEMANA EN EL MAR DEL NORTE

Dibujo de R. Verdugo Landi

CÁMARA-F19



Tipos rumanos, en el muelle de Budapest

LAS LOCURAS DE LA GUERRA

EL RIO QUE VE CUATRO CAPITALAS

UN buen geógrafo se enfadaría conmigo. El Danubio no ve, en realidad, más que tres capitales: Viena, Budapest y Belgrado. La capital rumana no está edificada en sus orillas. Está refugiada allá, entre algunos de sus afluentes: el Arges, el Dombovita y el Falomitza, en medio de floridas selvas, de bosques umbríos, de rosaledas fragantes. ¿Cómo ha podido llevarse la guerra hasta allá? ¿Cómo podrá arrasar el cañón aquella tierra idílica donde la Naturaleza ha reunido todas sus gracias?

Porque, imaginando una Geografía sentimental, parecía el Danubio trazado como un río de amor, como un gran cauce por donde el espíritu de fraternidad humana debía correr, llevando de unos pueblos a otros la alegría de las conquistas y los progresos de la civilización; la alegría del saber y del enriquecerse, del bien y del placer... ¿Qué raza, que nación podrá decir: «El Danubio es mío»? En las cumbres y en los ventisqueros y en las fuentes de Suiza y de Alemania, de Austria y de Hungría, de Bosnia y de Servia, de Bulgaria y de Rumanía recoge sus aguas y va a morir allá en el lago ruso, sirviendo de lazo a todas las razas del Oriente europeo y repartiendo por igual la riqueza en los dilatados territorios que riega.

Pocos ríos como él saben tanto de la grandeza y de la poquedad humanas. Antaño, cuando había paz en Europa, el Danubio sabía to-

da la alegría, todo el lujo, toda la riqueza que desbordaban en sus propios muelles de Buda, bajo los puentes suntuosos, en los restaurants y cabarets vecinos, como en una nueva Babel donde todos los idiomas se mezclaban; allí los argentinos llevaban el son rotundo del castellano, y los brasileños la dulce quejumbre del portugués; allí los gitanos su lenguaje incomprensible, y los rumanos su habla latina, apenas contaminada de influencias eslavas, y los rusos y servios y búlgaros sus broncas desinencias y los italianos la música de los tercetos de Petrarca y los

griegos su firme silabeo y los alemanes y austriacos y húngaros las yuxtaposiciones de sus palabras inacabables... Y los ingleses y los polacos y los turcos y los judíos y hasta los persas del Cáucaso, que corrían a gastar allí el oro arrancado a las explotaciones petrolíferas...

Acaso la Babel subsistía porque poseía dos secretos encantos que la bíblica no llegó a tener: la música y el amor. Con todos los timbres de voz, con todos los tonos imaginables, con las modulaciones de todos los idiomas se pronunciaban dos sílabas prosódicas y bastaban

para que todo aquel mundo cosmopolita, enloquecido y vicioso, las entendiera: *Je t'aime...*

Y allá iba el Danubio, por su cauce abajo, hacia las arideces de Servia, contemplando la vida apacible y resignada de los boyeros que en sus orillas guardaban las manadas incontables de reses vacunas y los pastores que conducen los rebaños de ovejas, con lanas finas y albas como flores de algodón, y los madereros que aguardan en los ribazos a que lleguen flotando los troncos de árboles cortados en la montaña... Todo un mundo de humildad, de laboriosidad, de resignación, de desconocimiento del placer que allá seguía cantando sus locuras en las cuerdas gemidoras de los violines y las mandolinas de los zitanos en los cabarets y en los restaurants de la babélica Budapest.



Aldeanas rumanas atravesando uno de los afluentes del Danubio



Campeasinas rumanas



Orillas del Danubio

Aún más aña, cuando va trazando las fronteras de Bulgaria y Rumanía, contemplaba el Danubio y reproducía en el reflejo de sus ondas los campos de bendición donde, cuando amarillea el trigo, estallan en los rosales los capullos rojos como sangre y blancos como nieve y gualdos como oro y llenan el aire de su aroma y matizan el bosque verde. Casi desnudas, mal ceñido el busto con una blusa abierta hasta cerca de la cintura y con una falda que apenas cubre las rodillas, las campesinas rumanas, de belleza impasible, flor espléndida de la raza caucásica, de belleza heredada de Roma ó de Grecia, se ofrecen á las claras linfas del Danubio, saliendo de los frigales, de los viñedos, de las arboledas ó de los rosales como en las leyendas mitológicas, ninfas ó diosas de una nueva poesía bucólica, toda realidad y toda rendimiento á las leyes de la Naturaleza.

Y de pronto, en el transcurso de unos días de angustia, el Danubio vió conturbadas sus orillas; ya el placer no cantaba sus locuras en los violines y mandolinas de los músicos de Budapest; ya de las montañas y las campiñas huían los humildes y los resignados que no habían padecido ambición, ni sentido odio, ni tenido ansias de dominio. Era la guerra que manchaba de sangre sus aguas, que llevaba la desolación y el incendio, el hambre y la muerte de frontera en frontera, que arrasaba y destruía, no ya pueblos y ciudades, sino nacionalidades enteras. Quedaban aún unos rincones donde la paz se había refugiado; eran aquellos vergeles rumanos de vides y de rosas; cuando á ellos llegaba el Danubio iba cantando su dolor y su espanto... Viena y Budapest entristecidos, las montañas desiertas, las campiñas abandonadas, Belgrado casi destruido... Y ahora ya, la guerra también

ha llegado allí. El espectáculo de este desatamiento de locura y de barbarie nos ha hecho á todos insensibles... Van á morir más hombres; pero ante los millones de franceses y rusos, de ingleses y belgas, de servios é italianos, de alemanes y austriacos, de búlgaros y turcos que ya han muerto, ¿qué importan unos millares de rumanos? Pero ¿qué manos podrán llegar á reponer esos divinos rosales, todo color y todo aroma, que arrasan las tropas al pasar; esos rosales entre los que vivían con una candorosa semidesnudez las campesinas rumanas, como ninfas ó como hadas ó como diosas de un ensueño mitológico? El Danubio ya, en su larga carrera, no encontrará un rincón de paz y de reposo. Todo su cauce es dolor y sangre, ira y muerte, desolación y barbarie.

MÍNIMO ESPAÑOL



Reclutas rumanos durante una comida servida por mujeres

CARICATURISTAS ESPAÑOLES

L U I S B A G A R Í A

Un ilustre crítico de arte á quien hemos citado varias veces por lo agudo de sus juicios y lo profundo de sus conocimientos estéticos, Roberto de la Sizeranne, define del siguiente modo la evolución de la caricatura.

Un hombre se pasea por un jardín donde hay una de esas bolas de cristal que llaman panorámicas, un espejo de cuerpo entero y un estanque. Si se detiene sucesivamente ante estas tres superficies reflejadoras, obtendrá de sí mismo tres imágenes opuestísimas. La bola panorámica le devuelve una visión convexa, grotesca, inflada, con la cabeza enorme y los brazos y las piernas menudos como los de un insecto. Es la caricatura *deformativa*.

Luego el hombre se contempla al espejo, que le devuelve su figura exacta y vulgar, inelegante y presuntuosa por el hecho mismo de consultarse su imaginada perfección. Esta es la caricatura *caracterizante*.

Por último se contempla en el estanque y allí, aunque sea el más banal é insignificante de los seres humanos, los reflejos del agua le transfiguran, le agitan, le dan apariencias fantasmales y mágicas, le surcan de estrías horizontales que hace el viento sobre el agua, mezclan á su substancia la substancia del cuerpo impalpable donde se hunde, hacen penetrar en fin á este hombre en una atmósfera de cielo, hojas, árboles y nubes que le engrandece y le idealiza. Es la caricatura *simbolista*.

«Este paseo de hombre en un jardín—termina de la Sizeranne—es el de la Humanidad ante la caricatura, que fué primero deformadora como una bola panorámica; luego fiel como un espejo y profunda por último como un estanque. Primero hizo reír, después hizo ver y ahora hace pensar.»

Nada tan exacto como estas palabras del crítico francés. Acaso el período actual de la caricatura es el más poderoso, el más claramente definido de su misión ética y estética. Nos hallamos en presencia de un retorno que, lejos de significar



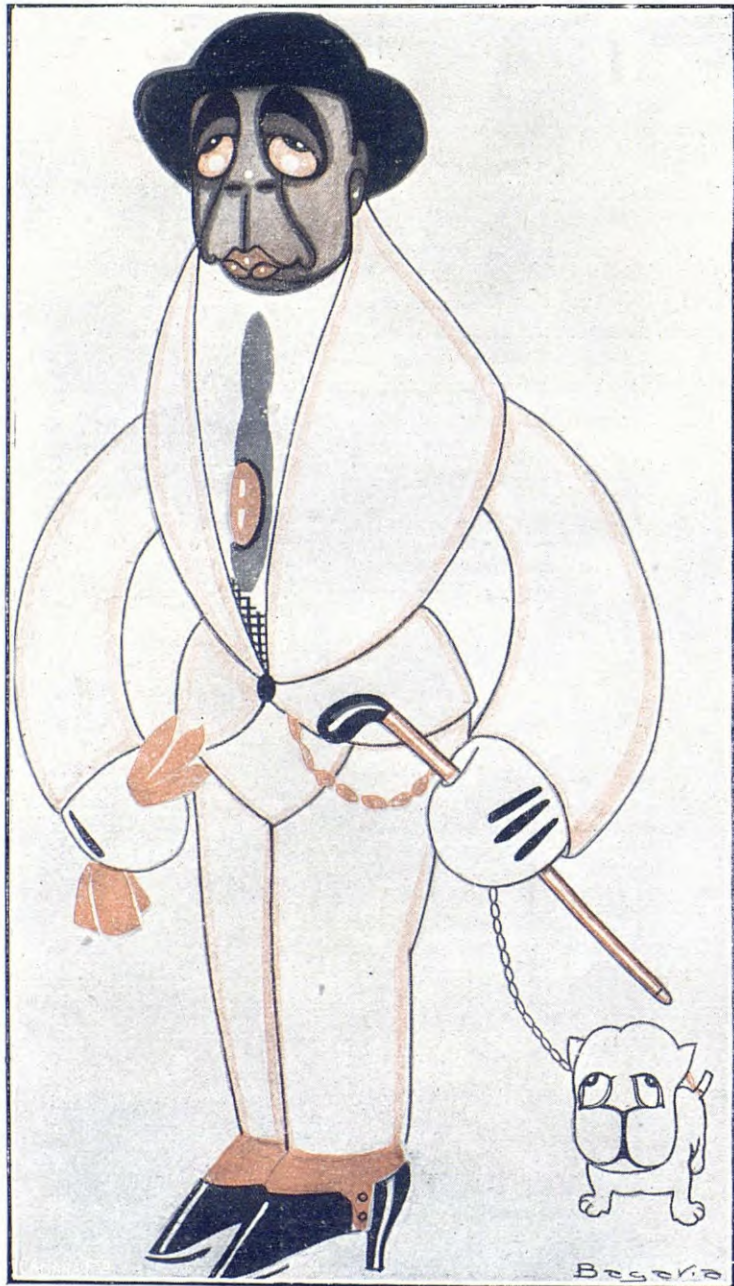
D. JUAN VÁZQUEZ MELLA

retroceso, es como el remate de una ascensión progresiva, como el punto en que se cierra un ciclo, á la manera triunfal de esa gema rutilante, esplendorosa, que sujeta los dos estremos de un collar. Después de muchos siglos de diversas evoluciones en que la caricatura acepta ó impone diversas orientaciones y responde á las diferentes épocas con procedimientos distintos, es en la suprema civilización como en la civilización primitiva.

Ante las caricaturas personalistas de Luis Bagaría evocamos necesariamente esta evolución del arte satírico y humorístico.

Tal vez sea entre todos los caricaturistas españoles el que de más coetáneo modo representa la depurada expresión, la simplificación lineal, el estilizado de líneas y masas y la movilidad graciosa de las figuras en su aparente hieratismo. Todo en estos dibujos que pudiéramos llamar retratos agresivos é implacables, está sometido á una necesidad absoluta, tiránica de sobriedad y de simplicidad. Dan á los ojos profanos apariencias de trazos espontáneos, de una pasmosa creación del primer momento, así, ya limpias las líneas fundamentales del peligro de las otras secundarias.

Y sin embargo, por fortuna para su solidez y para la exactitud psicológica de los caricaturizados—obtenida por Bagaría con solo interpretar el aspecto externo—, cada dibujo definitivo responde á infinitos ensayos, bocetos, apuntes previos. Bagaría realiza, como todos los grandes humoristas extranjeros actuales, un trabajo de selección, de síntesis, en que suprime, resume y sugiere á un tiempo mismo. Obliga muchas veces al contemplador de sus dibujos á que colabore con él, no para descubrir esotéricos ni metafísicos secretos, no para adivinar en las líneas que dejó la pluma las otras trazadas y borradas después por el lápiz y por el sentido satírico, sino para encontrar la revelación perdurable de una persona tal como en realidad es, no como en realidad la vemos.



EL ILUSTRE PINTOR NÉSTOR

Explicaré esto. Bajo el lápiz de Luis Bagaría han desfilado casi todas las celebridades más ó menos justas de la vida actual de hoy: artistas, escritores, políticos, hombres de ciencia, periodistas, aristócratas, etcétera... Bagaría les halla á cada uno ó la expresión peculiar ó la expresión inventada; les despoja, además, del aspecto humano y les presta semejanzas con animales ó cosas inertes. Incluso llega hasta inventarles rasgos de que carecen, pero que luego, al ser vistos en la caricatura, vemos también sobre el personaje caricaturizado y hasta nos reprochamos no haberlo sabido descubrir antes de que nos lo revelara el dibujante.

Por eso, cuando vemos á Cambó no es á Cambó á quien vemos, sino ese pájaro de presa en que Bagaría le ha cambiado y adivinado para siempre. En los estrenos, cuando Tomás Borrás se acerca á las plateas donde hay mujercitas elegantes ó avanza, serio y pálido hacia su butaca, nos parece que su nariz y su barbilla florecen en esos sutiles tallos que son como pistilos de una flor, ó promesa de esta flor, que todavía no es más que un arabesco. Cuando vemos á Valle Inclán con su manga derecha flotante, sus barbas de peregrino medioeval y su osamenta esquelética agitando en el aire la ropa dentro de la que no parece haber carne ni músculos, pensamos en aquella otra caricatura del espantapájaros, en medio de un campo. A Rusiñol le vemos el cascabel que Bagaría le colgó de la punta de sus barbas blancas, y un mochuelo es el que parece haber creado *Del sentimiento trágico de la vida, El espejo de la muerte* y *So-*



ANSELMO MIGUEL NIETO

liloquios y conversaciones. Al contemplar á Vázquez Mella en su escaño del Congreso, vemos siempre junto á él ese paraguas rojo de labriego, de clérigo rural y que tan bien entona con su pancesco carlismo y su barriga y sus narices arremolachadas.

Claro es que casi nunca los interesados aceptan como parecidas estas caricaturas en que Luis Bagaría supo adivinarlas.

La mayoría de ellos encuentra muy oportuna aquella estúpida respuesta de Lamartine al periódico que solicitó su autorización para publicar una caricatura de él: «Desfigurar al hombre es insultar á la Divinidad que le ha hecho á su imagen y semejanza.»

Porque nadie, en el momento de juzgar su espíritu lo encuentra ruin, ni al contemplar su rostro lo halla deforme.

¡Juzgad qué será cuando, además de presentarle tal como él se cree ser, viéndose en los retratos hechos después de bien afeitado, rizado el bigote y adoptada una postura interesante, se halla con que el burlón espíritu de observación del dibujante le adorna con ciertas concomitancias florales ó bestiales!

No piensan estos vanidosos á la inversa que el caricaturista es también un descubridor, un apelativo de la atención pública sobre los seres y las ideas de su época.

ooo

Luis Bagaría nació en Barcelona el 29 de Agosto de 1892. Sus primeros triunfos fueron en revistas y exposiciones catalanas. Muy joven aún, marchó á América. Trabajó en Cuba, en Méjico, en Nueva York. Pero sentía la nostalgia de España y volvió á ella en 1911.

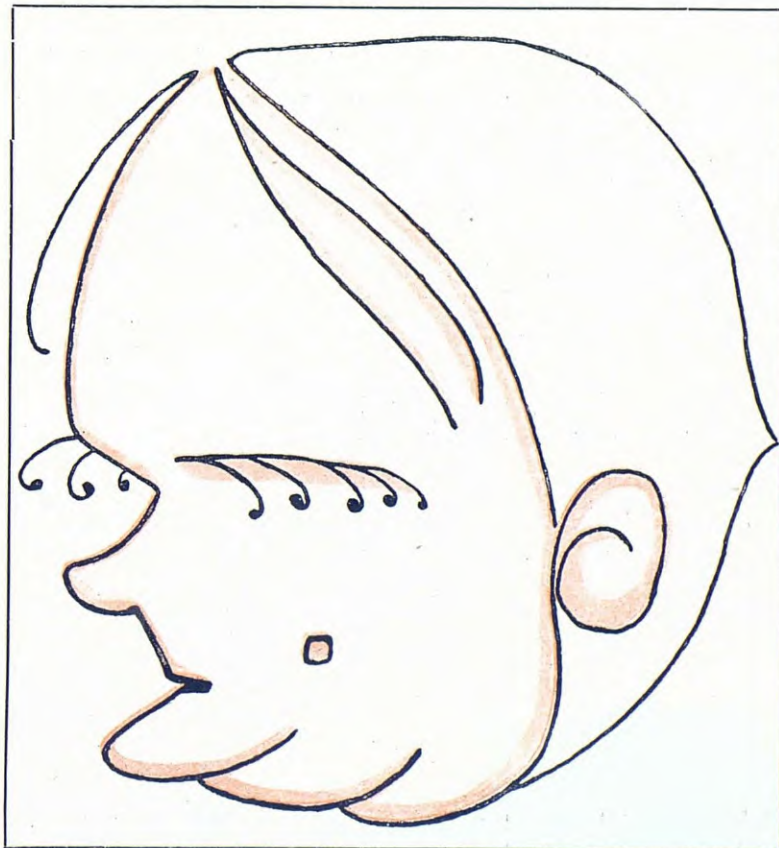
Desde esa fecha entró á formar parte de la redacción de *La Tribuna* y por las páginas de este diario de la noche tan juvenil, tan simpático, tan deseoso de independencia incluso en sus errores políticos, ha ido Baga-



RAMÓN PÉREZ DE AYALA

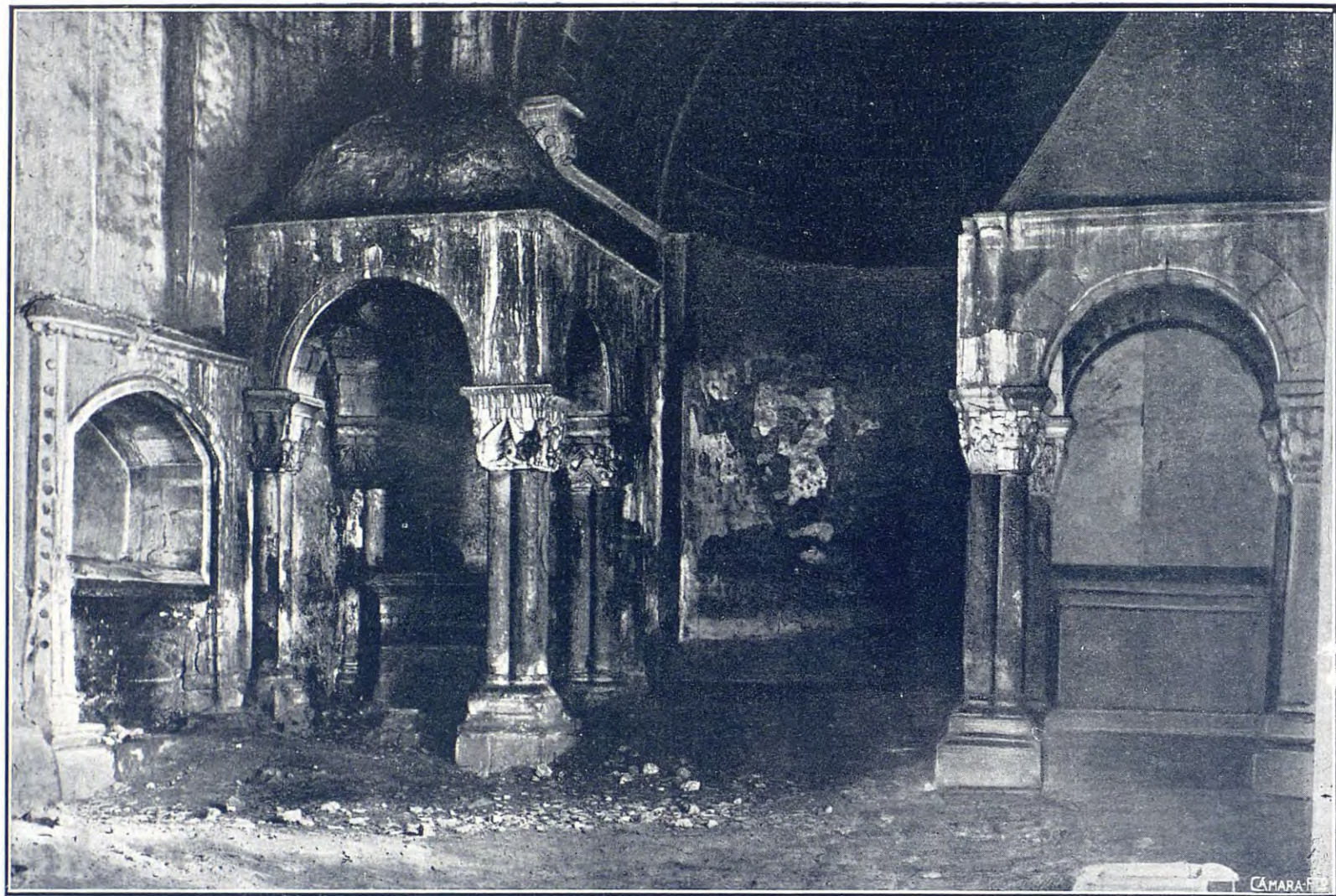
ría publicando una serie de retratos satíricos verdaderamente admirables.

Y de cuando en cuando este dibujante á quien se le puede reprochar cierta sequedad colorista, marcha al campo, abandona la ciudad y pinta unos paisajes encantadores de sinceridad y de expresión, donde la cualidad principal es precisamente el colorido fresco, jugoso, de una gran riqueza cromática...—SILVIO LAGO



ENRIQUE BORRÁS
(Caricaturas de Luis Bagaría)

ESPAÑA MONUMENTAL
SAN JUAN DE DUERO



Interior de la iglesia

SAN Juan de Duero, el antiguo convento de la orden de San Juan de Jerusalén, se encuentra, derruido en su mayor parte, frente a Soria y á la orilla izquierda del Duero. El monumento que nos ocupa se compone de un atrio y una iglesia, ambas partes en no muy buen estado.

La fábrica, tanto de la iglesia como del claustro, es de piedra de arenisca tan abundante en las canteras de Valhonsadero y Golmayo; del mismo material es la bóveda de cañón del ábside y el enterramiento existente al lado de la capilla izquierda.

El atrio lo forman cuatro especies de arcadas dispuestas de modo que cada cual ocupa las dos mitades contiguas de los lados que forman ángulo. En el ángulo S. E. los arcos son de medio punto quebrado y prolongados en herradura con pilastras y base rectangulares, sin capitel, y el fuste de las gruesas columnas estriado; en el S. O. los arcos son del mismo estilo, aunque tienen distinta combinación, y la columna gruesa y estriada está sustitui-

da por dos columnas sencillas con capiteles rameados; en el N. E. los arcos son lanceolados, de columnas cuádruples, con capitel, y la arquivolta adornada de un sin fin de filetes y retallos; y finalmente, en el ángulo N. O. cuya mitad Norte ha desaparecido, los arcos son del más puro estilo románico, con columnas dobles de basamento corrido y muchos capiteles historiados con escenas del Nacimiento.

Hecha ya la descripción del claustro, pasemos al estudio de la iglesia. Esta se conserva en bastante mal estado por haberse destinado desde hace muchos años á menesteres muy diferentes de los del culto. Se compone de una sola nave irregular con un coro casi cuadrado y un ábside semicircular, con el santuario del lado del Oriente. Nada de particular en sí encerraría, á no ser por las dos capillas laterales que se hallan colocadas á los lados de las escalerillas que dan acceso al ábside. El origen de estas capillas bien pudo ser las necesidades del culto que no podía desenvol-



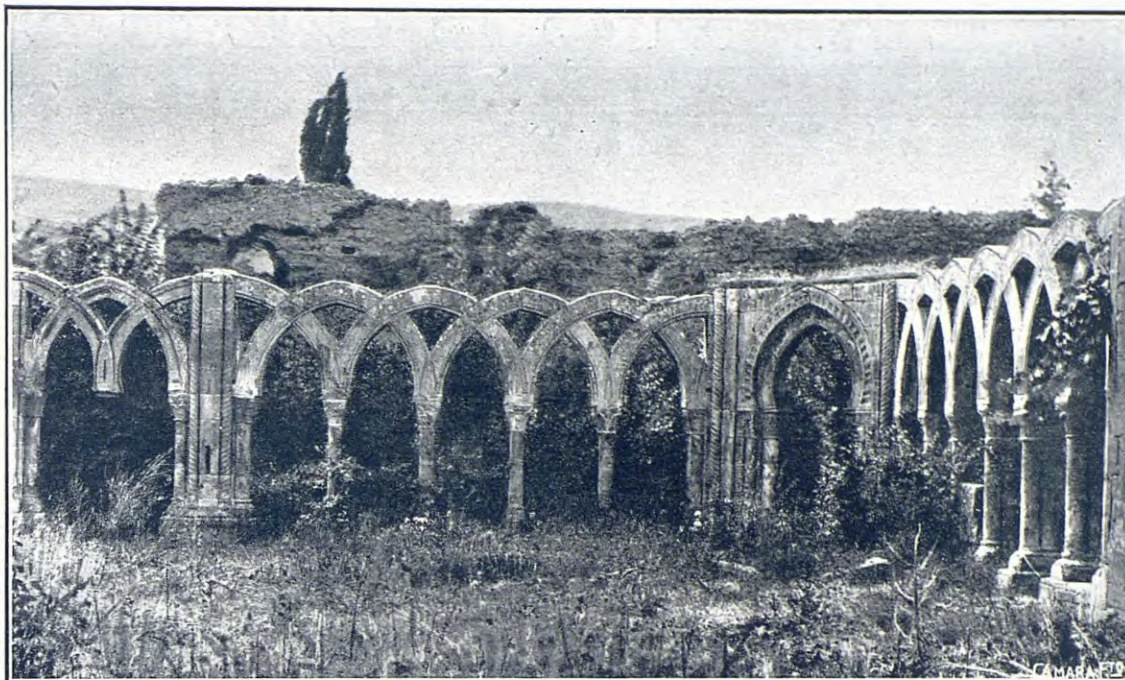
Un ángulo del claustro

verse con libertad en un altar solamente. La planta de dichas capillas es cuadrada, con acceso por el frente y por uno de los lados, por medio de arcos de medio punto sostenidos por cuatro columnas en haz colocadas en cada ángulo y que terminan en preciosos capiteles historiados, los de la izquierda con figuras fantásticas y los de la derecha con pasajes del Nacimiento, de la Adoración, la Degollación de los Inocentes y la Huida á Egipto.

Otra cosa que llama la atención en las capillas de que ahora nos ocupamos, son las bovedillas del techo que sostienen los arcos y que pueden muy bien observarse en la adjunta fotografía.

Estas bovedillas son en la capilla de la derecha esféricas en el interior y cónicas por el exterior, y en la capilla izquierda esféricas por ambos lados.

Nada se conserva del altar principal, ni de las pilas de agua, ni de la escalinata que suponemos á la entrada del ábside, ni de los bancos que debieron correr á lo largo de las paredes: solamente queda, al lado de la capilla izquierda y en una hornacina, la losa de un enterramiento, representando la estatua de un abad, de formas



Un aspecto de las ruinas del claustro

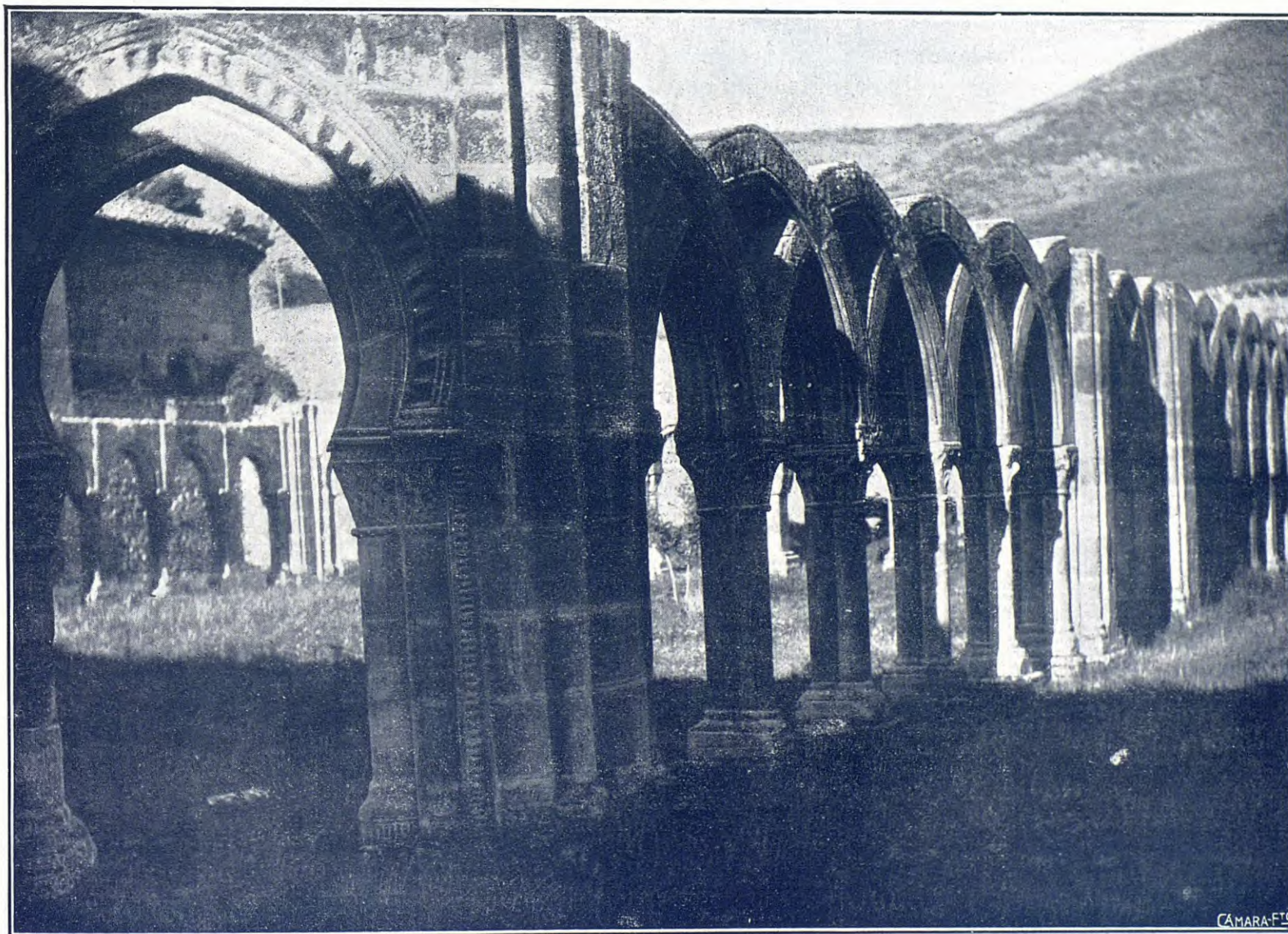
algo prolongadas, con un cáliz en la mano, y el cerco terminado en un arco escarzano con la borla perlada.

Contra la general costumbre en las iglesias románicas, no existe puerta principal á los pies de la iglesia, y las dos existentes á los lados derecho é izquierdo carecen de valor artístico.

¿De qué época es este monumento? Alguien ha colocado la construcción de la iglesia en el siglo XI y la del claustro en el siglo XIII, pero

vuelca su luz azulada en el desierto monumento, entre el murmullo suave del Duero, que próximo se desliza, y la canción de la hojarasca movida por el viento en el vecino monte de las Animas, creyérase flotar en el ambiente el alma sentimental del exquisito Bécquer que cantara tan hermoso cuadro en su composición inimitable «El rayo de luna». Su inmenso corazón de poeta supo á maravilla interpretar la belleza de estas ruinas.

MARIANO GRANADOS AGUIRRE



Detalle del claustro

FOTS. CASADO

esta opinión es algo aventurada, ya que por las formas *transitivas* de las bóvedas puede pertenecer al primer tercio del siglo XIII, aunque donde mejor colocada está es en la segunda mitad del siglo XII, pudiéndose afirmar la contemporaneidad de claustro é iglesia.

La importancia de este monumento puede comprenderse vistas sus caprichosas combinaciones y la influencia oriental que marcan un adelanto en la época, á más de la existencia de los *ciborium*s, poco usados en Occidente, y sobre todo en España, é importados por los Sanjuanistas desde el Oriente.

Por la noche, á la luz de la luna, que

LA MODELO



Ya no existe el tipo de modelo que implantó la época de Fortuny, y casi podría afirmarse que ha desaparecido el modelo, sobre todo el femenino. Los grandes pintores actuales ya no pintan del natural, sino que lo interpretan con su *arabesco*, y he ahí un arte imaginativo, elocuente, espiritual que hace innecesaria la clásica estatua de carne, desnuda en lo alto de una tarima, con los pies fijos en unos redondeles trazados con yeso.

Zuloaga y Anglada en el mundo, y aquí en España Romero de Torres, Nestor, Miguel Nieto, Pinazo Martínez y los croquisistas y dibujantes como Penagos, Echea, Bartolozzi, Ribas, Zamora y Ramírez, no es que desdeñen la verdad, sino que, por pintarla mejor, huyen la mentira de un cuerpo más ó menos armonioso y que no puede dar nunca la expresión soñada por el artista y buscan sus modelos entre gentes *inéditas*, digámoslo así, desde aquel monstruo tuerto, que era Gregorio el Botero, á Mlle. Sonia de Claméric, y á la señorita María Alvarez, que ha servido de San Juan Bautista en una Salomé de Romero de Torres, y á pecadoras y á grandes damas de la aristocracia. Nosotros sabemos de una marquesa auténtica que accedió á posar desnuda en su dormitorio, que semeja la tienda de un rey persa, para que un joven maestro viese la transformación de la mujer en una vaga claridad fosfórica, al bañarla determinadas luces de raros colores. Y la mar-

quesa es virtuosísima, y aquella aventura no fué pretexto de otra.

Quedamos en que ya no suele encontrarse en un catrecillo del estudio, uno de esos catrecillos en que los pintores sentaban á sus mosqueteros, que cantaban y bebían, á la mujercita silenciosa y guapa, con su crespón, esperando la llegada del bohemio...

Hasta hace poco no se prestaban á servir de modelos sino ciertas bellezas del pueblo que bordeaban la vida que llaman así, *la vida*. Era tan difícil encontrar la mocita esbelta y de buenas costumbres que accediese á que la inmortalizara la paleta ó el cincel, como hallar cadáveres para los alumnos de disección. Y las hetairas de renombre, con ese anhelo de los adventizos para ocultar su pasado de miserias, renunciaban á aumentar su fama, uniéndola con la de una obra célebre, por el concepto de oficio humilde que se tenía del de modelo. Podríamos deducir de ahí muchas consecuencias, ajenas ya á los lápices y difuminos, entrándonos en el terreno social de la pintura. Acontecía que los artistas tejían tabernarios idilios con las Venus chulas, y así su arte no se distinguía por su elegancia y elevación... ¡Cuán distinto el modelo de París! Basta con recordar una novela que ha dado varias veces la vuelta al mundo: *Sapho*, de Daudet. Descubriríamos el Mediterráneo si repitiésemos cómo á las orillas del Sena la carne de las diosas y el espíritu de los dioses bus-

can una complicidad aristocrática en el arte. Ser retratada por Boldini constituye la ambición de las Cleo, porque el lienzo en el *Salón* consagra. El modelo francés es literario, y en cada *atelier* vienen á renovarse las escuelas del Renacimiento, y los talleres de los lapidarios griegos, con sus filósofos y sus flautistas en torno al escultor... ¡Cuán distinto también el modelo italiano, allá en Roma, el de la Plaza de España! Se os presentaba invariablemente con los colorines de la *ciocciara*, y uníase á vosotros y cada mañana ofrendaba al pintor ibérico con haz de lirios que cortaba al salir de su aldea, camino de Roma. Y la leona mansa encariñábase con vosotros y al mismo tiempo os hacía responsables de su pasión con las caídas y amenazaba vagamente con la *vendetta* del padre barbudo y de los *fratelli* de drama en las montañas del Tirol. El día que pensábais abandonar la ciudad inmortal, sin consultaros, acudía la campesina de acuarela transformada en una parisiense... Estaba bellísima... Tal vez adivinábais la comedia de que vinisteis siendo víctima... Pero lloraban aquellos ojos de *madonna*, y la boca de grana vertía palabras como rubies... Así se han casado muchos ilustres artistas españoles... Debíó haber bendecido esas uniones, no el señor cura, sino el dios Apolo...

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

DIDUJO DE ROGELIO LÓPEZ

LA ESFERA

ACONTECIMIENTOS TEATRALES



La insigne actriz Margarita Xirgu en "Marianela", novela de Pérez Galdós, adaptada á la escena por D. Serafín y D. Joaquín Alvarez Quintero, y cuyo estreno, en el Teatro de la Princesa, ha constituido la nota culminante de la actualidad teatral

FOTOGRAFÍA DE CALVACHE

EL CLAUSTRO SILENCIOSO

BUEN retiro sosegado y silente, ungido con la serenidad del alejamiento, es el claustro alto de la Catedral de Toledo.

Arquitectónicamente nada de notable hay en él, como no sean los múltiples y espumosos capiteles de las columnas que sostienen el techo. Construido por orden del Cardenal Cisneros, ocupa el claustro bajo el mismo sitio donde allá por el siglo XIV los judíos celebraban su mercado, promoviendo algarazas indignas de tan religiosa vecindad. Hoy la doble galería corre alrededor de un jardín alegre y manso como una sonrisa.

ooo

A este claustro, adosado al magnífico templo, suelen asomarse de vez en cuando esos atareadísimos turistas, tan fieles a la letra impresa que sólo miran lo que la guía les previene, que llevan el afán en los pies.

Las paredes, enjalbegadas y sin adorno alguno, con blancura de sala de hospital ó de vivienda pueblerina, nada dicen; pobres paredes que no arrancan un ¡oh! de admiración. El piso es de ladrillos color de rosa; en las vigas del techo, carcomidas y oscuras, las arañas fabricaron su prolijo artesonado de estrellitas; desde el barandal se ve el jardín, con naranjos, cipreses, eucaliptos, geráneos, rosas, alieles, un cenador en el centro y dos pequeñas albercas llenas de agua muerta y sin resplandor bajo una capa vercosa de limo.

Pero, en cambio, frecuentan este rincón callado parejas forasteras de novios, solitarios soñadores, algún trotamundos misántropo, gente toda ella que busca en el silencio la música suavísima de la evocación y ve en plena soledad alzarse la abigarrada comparsa de los sucedidos y de las leyendas...

Obedeciendo más a un romántico afán que a una bárbara é instintiva profanación, estos visitantes del claustro alto, luego de recorrerle, de oír la greguería dulce de los pájaros, de asomarse a la riente paz del jardín, escribían en la blanca pared sus nombres, una fecha, una inicial. Algo gráfico que dejaba una humilde huella de su paso por aquel rincón, á donde tal vez no volverían nunca; eco inextinguible de sus voces, que habían resonado un momento; de sus pasos, que se dispó prestamente; de su propia vida, que, como sombra, se desvanecería sin rumor y sin luz.

Nosotros fuimos muchas veces al claustro—y confesamos contritamente nuestro pecado—para huronear estos letreros. Por una inscripción

breve, el talento de Víctor Hugo elevó su *Notre Dame*. Jamás vimos en ellos obscenidades ni procacidades. Jamás nos recordaron esos otros que en ciertos rincones del globo, ciertamente menos fragantes y poéticos, estampan manos torpes movidas por el mal gusto ó la grosería, inspiradas por esa llamada musa popular que, en ocasiones no canturrea, sino que zumba cual moscardón sobre las inundicias.

Estos letreros eran candorosos, inocentes, pueriles, cursis inclusive. Hermanos de los que

cursilerías ni candorosas. El cabildo, nuevo Eróstatro, ha quemado esta confusa biblioteca, ha destruido esta desordenada Antología de todos los novios, de todos los solitarios, de todos los desconocidos que desde mil opuestos rincones del mundo acudieron á la gloriosa Toledo.

¿Cómo censurar tan discreta medida? El letrado, en cualquier pared, es una cosa estúpida, desahogo ramplón ó cobarde, indigno del hombre actual que dispone de mil medios maravillosos para injuriar, para amarse ó para divertirse.

Hay tercerías, parapetos y tribunas superiores á cualquier muro. Ningún decadente ha llegado á considerar todavía el letrado como elemento decorativo. Ningún hombre que se estime en algo lee letreros, aunque sean advertencias municipales. Lo que grita, suspira, ríe ó canta escrito con lápiz ó con cortaplumas en un muro, no merece un soplo de nuestra atención, que en vendabal pasa sobre otros asuntos á ratos más triviales. Y sin embargo...

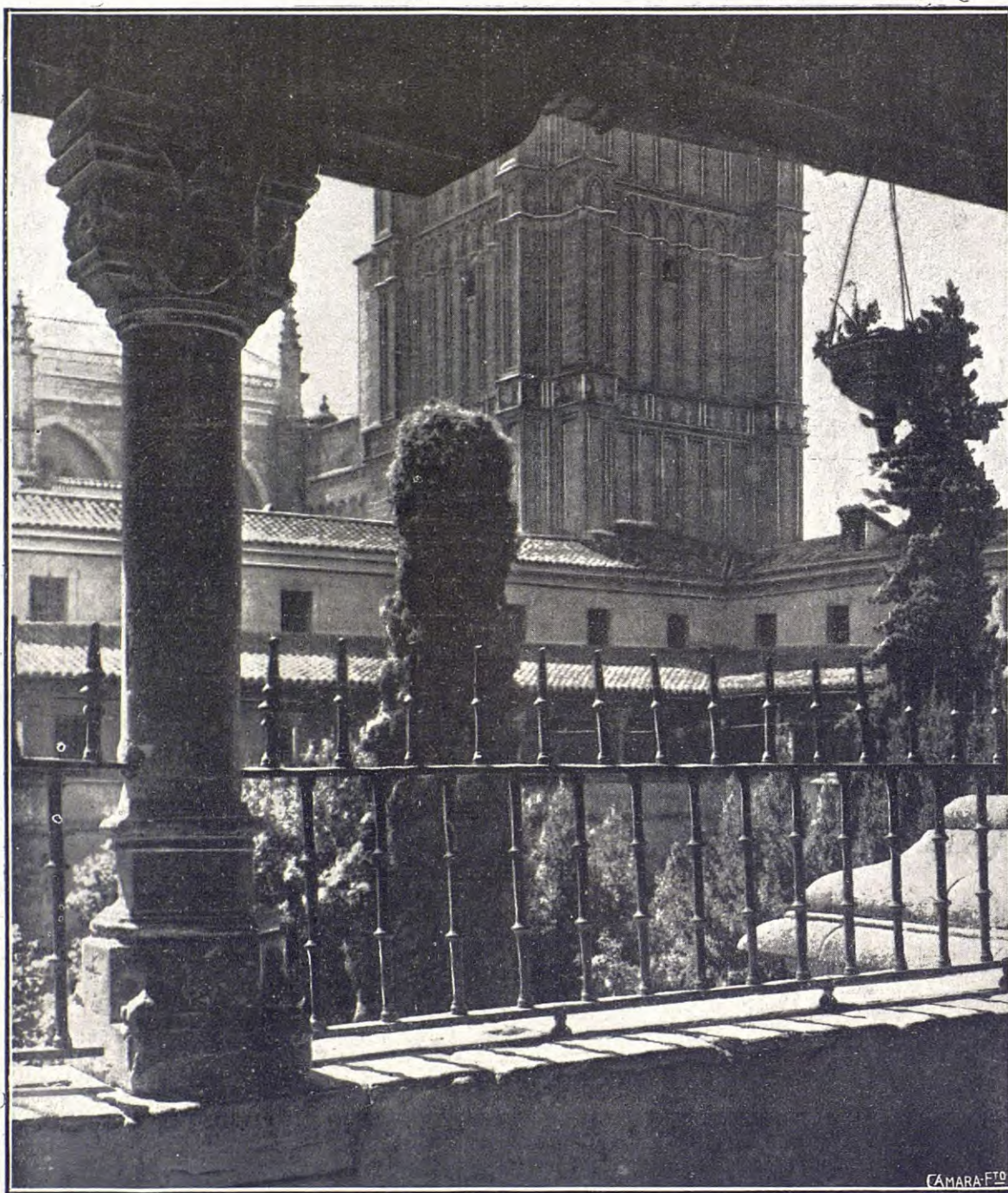
ooo

Por primera vez en este claustro de la Catedral toledana nos hemos sentido solos, singularmente solos. De sus paredes han desaparecido nombres que nos eran desconocidos, pero que nos interesaban—estúpidamente, es posible—más que los que leemos en las listas de comensales, de congresistas ó de concurrentes á un entierro... Ya no tornaremos á curiosear inscripciones á veces de un lacinismo admirable ó de una puerilidad cautivadora. La muchedumbre, que hasta poco ha murmuraba en las paredes, ha enmudecido. Ahora sí que nos sabremos nunca dónde está,

dónde estuvo. El claustro alto rebosa más honda, más infinita tristeza que un cementerio. Porque en las losas sepulcrales nadie, todavía, ha ordenado que se borren sus letreros é inscripciones, á pesar de que no fueron redactados por los mismos seres que en sus tumbas se pudren sin remedio.

Callado está el claustro. La pulcritud ha podido más que el pueril afán del caminante que decía á otro: «¡Estuve aquí! ¡Aquí fuí venturoso un día! ¡Aquí soñé!...» «Para los corazones heridos, paz y silencio», escribió Balzac. Para los novios cursis, para los solitarios embadurnadores de muros, para los que confunden la lira con el cortaplumas, y por no llevar «carnet» de notas las apuntan en los edificios públicos, una ejemplar, purificadora y espesa capa de cal. Esa cal que se echa sobre las epigrañas y sobre los muertos.

E RAMÍREZ ANGEL



Toledo.—Patio de la Catedral

FOT. SOL

se repiten en el tronco de un árbol, en el respaldo de un banco, en la anteportada de un viejo libro y hasta en un papel moneda. Porque muchos seres, dándose cuenta de la brevedad de la vida ó de la peligrosa funambulería de su avance por el mundo, incurrían en la debilidad de conceder á los signos caligráficos la misión de «prolongarlos», de «desdoblarlos», de mantener un eco en el mutismo de la calavera, ya que ni la palma, ni la corona, ni la estatua se dignarán ampliar la pequeñez del ataúd en que el hombre ha de confinarse para siempre.

ooo

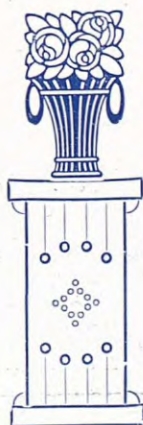
No ha mucho visitamos otra vez este claustro tan sencillo, silencioso é insignificante que los gorriones se han hecho dueños de él. La más aconojada sorpresa invadió nuestro espíritu. De las enjalbegadas paredes habían desaparecido los letreros, todos los letreros. No quedaban ni



La novia lírica

Sus románticas marcos, como cisnes de plata,
resbalaban graciosas por las teclas propicias.
En el áureo clave, una bella Sonata
de Beethoven—nostalgias de amorosas caricias—.

—¡Oh, nocturno de estío, en la estancia de seda,
entre pálidas rosas de perfumes perversos,
cuando al ritmo del clave, mi voz tímida y queda,
le ofrendaba la gracia de mis líricos versos!



Rendida á los ensueños de un hada de marfil,
temblaba, poseida de un extraño temor,
y era entonces tan diáfana, tan pura, tan sutil,

que frente al gran misterio de la noche estival,
se veía su alma, como un faro de amor,
á través de la gloria de su carne cristal...

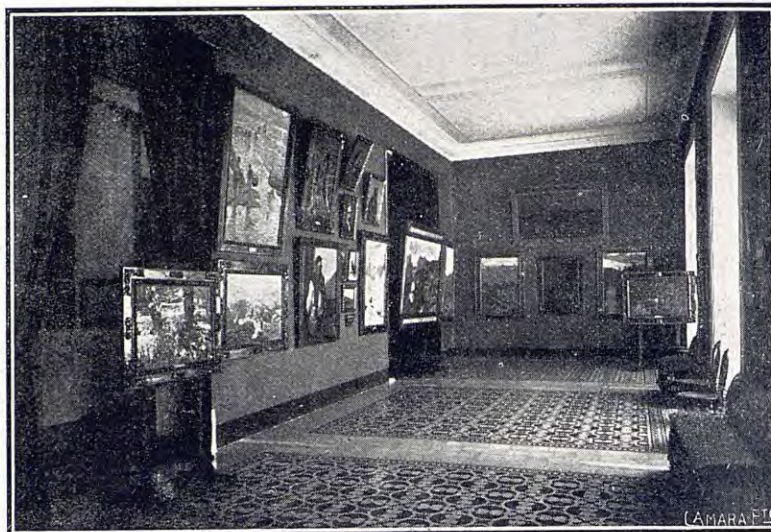
Ramón DÍAZ MIRETE



MÁLAGA ARTÍSTICA
EL MUSEO PROVINCIAL DE BELLAS ARTES



Galería de entrada a la sala Muñoz Degrain



Un aspecto de la sala Muñoz Degrain

CONSTANTEMENTE da muestras Málaga de sus entusiasmos estéticos y de la acertada orientación que á estos entusiasmos imprime. Frecuentes son los certámenes, concursos y exposiciones de Bellas Artes que celebra; y sus artistas encuentran decidido apoyo en los elementos oficiales y no sienten, por lo tanto, la necesidad de buscar fuera de su patria chica un campo donde desenvolver sus aptitudes, toda vez que ella se le ofrece bien productivo y glorioso.

No es la primera vez que en estas mismas columnas elogiamos las manifestaciones artísticas

de Málaga. Aún está reciente su última Exposición que revistió excepcional importancia y en la que figuraban, al lado de maestros de reconocidos méritos y triunfal renombre, los jóvenes luchadores capaces de competir con el mismo amor á la belleza y parecida maestría en interpretarla.

Hoy debemos hablar por primera vez del Museo Provincial de Bellas Artes, instalado en un magnífico edificio y en el que ha presidido una acertada disposición de luces, distribución de salas y elección de obras. Por primera vez de-

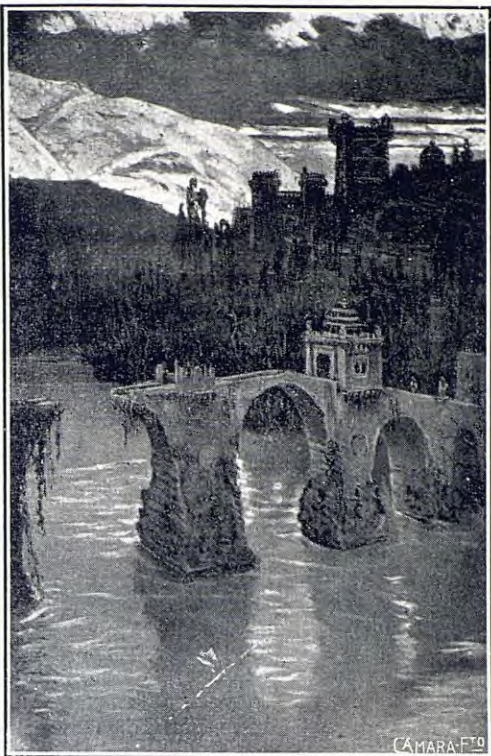
cimos, porque antes de consagrar un artículo extenso á su organización, catalogación y cuantos detalles pueden ser interesantes y merecen ser divulgados, hemos de dedicar hoy un elogio al maestro Muñoz Degrain por su reciente donativo al Museo malagueño.

Algunas veces ha dicho el admirable autor de *Los amantes de Teruel* que él amaba tanto á Málaga como á Valencia, donde nació.

Su magnífico estudio de Málaga donde durante muchos años dió vida á tantos hermosos lienzos, era para él un grato refugio de emoción



"Las Walkirias", cuadro de Muñoz Degrain



El puente de la Sultana



Vista del Mont-Blanc



El mar muerto

y de arte. Casi no podrían rivalizar con aquel estudio los que en Madrid y en Valencia poseía. Además de las riquezas artísticas salidas de su mano, conservaba el maestro en su estudio malagueño verdaderos tesoros en cuadros, esculturas, joyas, tapices y muebles. Sólo el magnífico artesanado significaba muchos miles de pesetas. En las biografías y monografías consagradas á Muñoz Degrain en España y fuera de España, siempre hemos visto reproducido este estudio que era, en su fastuosidad y grandeza, digno de ser visitado con la misma atención que la sala de un museo.

Hoy día ese estudio no existe; como no existe el de Madrid en la calle de Olózaga, ni el de Valencia. El maestro os recibe, sonriente y feliz, en un cuarto pequeño donde no existen más obras artísticas que las recién comenzadas y que su pincel genial va realizando á compás de



Un barranco en Jericó

la cerebral gestación. Muñoz Degrain lo ha dado todo, ha repartido todo cuanto poseía. Primero al Museo de Valencia, ahora al de Málaga. Es como uno de esos padres generosos y amantes que no espera á morir para repartir la fortuna entre sus hijos. Al culto permanente de las salas de los museos entrega los cuadros, esculturas, joyas, telas y muebles que formaron en torno de la gloriosa vida del maestro un ambiente de depurado esteticismo.

Cerca de cincuenta obras ha regalado Muñoz Degrain á Málaga. No se ha conformado —á pesar de ser ellos sólo tan espléndidos— con entregar cuadros suyos, sino también dió obras de Sorolla, Sala, Blay y otros varios artistas, entre ellos de su discípula predilecta Flora Castrillo. En adelante, el amante de la obra del maestro habrá también de admirarla en Málaga tanto como en Valencia.—S. L.



Noche clara en la Caleta



Panorama de Aragón

(Cuadros de D. Antonio Muñoz Degrain)

DE NORTE A SUR

Las driadas, mueren

RECORDÁIS los paisajes de Corot? Los tonos suaves, finos, de perlinas transparentes, acarician la mirada como una delicada melodía á los oídos expertos. Son interiores de bosques con árboles frondosos en que las luces indecisas de ortos y vésperos ponen magias argénteas en las ramas. Todo parece desvanecerse y, sin embargo, perdura con una hermosa tangibilidad de ensueño realizado. En el fondo se abren espacios luminosos y prometedores. Se adivinan detrás de ellos los lagos galantes que jugaron á mover y arrugar el reflejo de la empavesada embarcación que con rumbo á Citera pintara Watteau; se presienten los palacios de pórvido, de puertas áureas con princesas de leyenda romancesca ó hadas de cuento brujo.

Acaso nadie como Juan Bautista Camilo Corot haya sabido expresar el alma encantada de los bosques centenarios y sagrados. Se sumerge el espíritu en su contemplación, cual en la lectura de un virgiliano poema...

Calma, quietud, alejamiento de la vida cotidiana, ofrecen estos cuadros. Llegamos á ellos en peregrinación de prosa y de vulgaridad para pedirles el don de un poquito de idealismo y de ensueño.

Más que en ninguno de sus otros lienzos, tan sugestivos, es el titulado *Una matinée*, donde aguarda concentrada, depurada, esta aquietadora potencia emotiva de los lienzos del maestro parisién. Entre las auroras brumas, bajo los árboles argentados, destacándose sobre las opalescencias finísimas del fondo, y rompiendo con sus pies las frescas gemas con que el rocío sembró los menudos arbustos y el espeso césped, danzan unas mujeres medio desnudas.

Son las hijas del bosque y de la selva, las mitológicas ninfas cantadas por Homero y Virgilio, las que, según Servio, se llamaron driadas y hamadriadas.

Las driadas viven en los árboles, las hamadriadas de los árboles nacen y de ellos viven y es una misma su muerte. El hombre no las ha visto nunca. Sólo en las profundidades selváticas, en las albas silenciosas, abandonan unas y otras sus viviendas de techos estremecidos por el canto de los pájaros, para danzar sobre la hierba húmeda con actitudes que evocan los frisos y las páginas bucólicas y las pinturas de Polignoto, Zeusis y Parrasios.

Por eso los árboles eran sagrados para los hombres antiguos y, gracias á ello, se conservaron selvas y bosques en toda su natural integridad. Ellas los defendían también. Son mujeres robustas, con los cabellos dóciles al capricho del viento, y se las representa con un hacha en la mano, como defensa de la otra hacha del leñador, su enemigo.

Ved ahora estos árboles de los campos de batalla. Es en las cercanías de Verdún, la tan heroica, sin precedentes. Las balas que cruzan entre cañones invisibles, que trazan de un extremo á otro mortíferas elipses y parábolas de trinchera alemana á trinchera francesa, y de ésta á aquélla, desnudan de hojas á los árboles, descascarillan su corteza, desgajan sus ramas, explotan dentro de sus troncos y los desmochan casi á ras del suelo. Sobre la tierra agujereada, bajo el cielo ensombrecido por las humaredas trágicas, en que los proyectiles abren boquetes de chispazos fugaces, los pobres árboles imploran con sus esqueletos ríndos y rotos... Cual si invisibles brazos de bárbaros leñadores descargaran sus hachas contra ellos, ven los oficiales franceses ó alemanes, á través de sus prismáticos ó desde lo alto de sus periscopios, cómo brusca-



Los árboles de los campos de batalla en el Somme
FOT. TRAMPUS

dos antes se alzaba, en súplica de tregua, hacia el cielo...

Y dentro de estos árboles, las driadas y las hamadriadas van muriendo, ignoradas y ocultas. Imploraban á sus dioses, mesaban sus cabellos y desgarraban sus helénicas vestiduras, ante el horror moderno.

Muchos siglos hacía que los cascos pesados de centauros y sátiros no sonaban en los bosques, ni



Una ballena muerta, que el mar arrojó en la bahía de Carnoulet
FOT. HUGELMANN

se oía reir á las ninfas al compás de las pánicas flautas y de las armoniosas siringas; pero todavía en la paz de los crepúsculos podían ellas salir á los campos y danzar y contemplar como en otro tiempo, sobre las rugosas cortezas de los driádicos árboles entrelazados, nombres de amantes...

Todo ello terminó. Rápidamente, una después de otra, van muriendo asesinadas por las balas de los hombres modernos. En las treguas nocturnas, los soldados que tiritan de fiebre en el fondo de las trincheras, oyen unos tristísimos lamentos que, tristes y todo, acarician como una dulce canción salida de femeninos labios.

Y los soldados piensan que es la fiebre la que les hace oír estos lamentos de mujer...

Lo que parecía un submarino

Fué á la luz indecisa y mentirosa de amanecido. Un hombre cándido, de los que imaginan á los submarinos alemanes capaces de todo, incluso de entrar en tierra firme y descender como un topo colosal á subterráneas profundidades para surgir de pronto en medio de la Plaza de la Concordia ó en Trafalgar Square, vió uno de estos barcos de guerra en la playa británica de Carnoustie.

Yacía el submarino un poco inclinado sobre la arena, inmóvil y enigmático, en aquella semipeumbra del orto. Pudo, sin embargo, leer el hombre ingenuo sobre la proa del submarino el nombre de éste: «U. C. 5.» Incluso le pareció oír que dentro de la enorme masa oscura hablaban alemán...

Corrió hacia el pueblo, alborotó la gente, tocaron á rebato las campanas, y, como en las películas grotescas, salieron los campesinos y pescadores armados de piquetas, azadones, bicheros y remos. Las mujeres y los niños fueron recluidos en las habitaciones más apartadas, y en el templo el pastor evangélico, despertado á toda prisa, abrió tembloroso la Biblia, buscando versículos apropiados para el terrible episodio.

Pero ya el sol lucía esplendoroso y el supuesto submarino presentaba, desde gran distancia, su verdadero aspecto.

Era, sencillamente, una ballena muerta que el mar arrojó sobre la playa durante la noche. Junto á ella un perro ladraba furiosamente.

Como en las películas, también el hombre cándido fué golpeado y escarnecido por la multitud...

—¿No decías que incluso oíste hablar en alemán?—le preguntó alguien.

—Yo juraría que oí hablar en alemán.

Entonces muchos se echaron á reír y se señalaron de modo elocuente el perro, que seguía ladrando.

Poco á poco, la gente abandonó la playa; el pastor mandó apagar los cirios y cerró la Biblia, donde se disponía á leer en voz alta el Evangelio de San Juan; dejaron en paz á las campanas y se telegrafió á una tienda de corsés de la capital.

Allí quedó, sobre la playa, la pobre ballena muerta.

El perro seguía ladrando frente á ella. Unos niños la contemplaban. Desgraciadamente, no había ningún periodista germanófilo capaz de interrogarla. Si no, muerta y todo, la ballena habría dicho que murió asfixiada al trasladarse á tierra firme.

Porque en el mar ya no pueden vivir los animales de ciertas dimensiones. Entre los submarinos, las minas y los barcos echados á pique, no se puede pasar de unas aguas á otras...

Y al paso que vamos, es decir, que los submarinos van, pronto no estarán seguros ni los minúsculos barcos de juguete con que juegan los niños.